

berroqueña, como la de la inmensa mole del Guadarrama, en las que abunda la sílice libre, por cuya razón se llaman *rocas ácidas*. De las expresadas relaciones se deduce la unidad de composición que debe existir entre los holosíderos y sisíderos, y los materiales que forman las entrañas mismas ó sea la región central de nuestro planeta, noción que constituye, por cierto, una de las conquistas de más mérito de la ciencia contemporánea, por más que su resonancia no haya trascendido fuera del recinto del Arcópago. Y si á esto se añade el resultado de las observaciones y experiencias que el que estas líneas suscribe ha llevado á cabo y hecho públicas en los cinco últimos años, sobre la geología lunar, en virtud de las cuales resulta la íntima analogía que existe

entre los productos internos del globo y la materia oscura de los grandes llanos ó mares de nuestro satélite, se tendrá un rico caudal de argumentos en favor de otra unidad de orden superior, que hace relación al plan preestablecido en el génesis de los mundos.



entre los productos internos del globo y la materia oscura de los grandes llanos ó mares de nuestro satélite, se tendrá un rico caudal de argumentos en favor de otra unidad de orden superior, que hace relación al plan preestablecido en el génesis de los mundos.

Monsieur Daubrée ha abierto nuevos y dilatados horizontes en el estudio de los meteoritos, obteniendo, por la vía sintética experimental, productos similares en cuanto á la composición y al aspecto, y descubriendo así las condiciones esenciales que han debido presidir en su formación. Las experiencias de laboratorio son, en manos del sábio geólogo, un manual inagotable de resultados sorprendentes, por lo instructivos, habiendo llegado hasta imitar los efectos de los fenómenos mecánicos que presentan aquellos cuerpos, tanto los que han tenido lugar durante la vida cósmica del astro en miniatura, como los que proceden de su fusión superficial al penetrar en la envoltura gaseosa de nuestro globo. Calentando los cuerpos que entran en la composición de los meteoritos del tipo común, á saber, hierro, silicio y magne-

sio, en una atmósfera oxidante, ha conseguido una imitación perfecta de los productos celestes, y variando de manera adecuada las condiciones de la experimentación, las particularidades más sobresalientes que ofrecen su superficie y su estructura en los más pequeños detalles.

Pero un estudio de los meteoritos tan completo no podía ménos de facilitar la solución de otro problema há tiempo planteado, que se da la mano con los precedentes, como que, propiamente hablando, es su natural complemento. Porque no bastaba haber demostrado el origen extraterrestre de las piedras caídas de las alturas; era necesario, además, concretar este origen, precisando, entre todas las procedencias cósmicas, cuál es la que responde al objeto. Laplace y Berzélius opinaron que eran materias arrojadas por los volcanes de la Luna, opinión que muy luego quedó eclipsada ante la certidumbre, más tarde adquirida, de no existir actualmente sobre el astro de la noche volcanes en actividad. Según otra hipótesis que tiene mucha aceptación, debida á Schiaparelli, director del Observatorio de Milan, quien la apoya en argumentos de observación y de cálculo de gran peso, los bólidos se enlazan por tránsitos tan insensibles con los enjambres de estrellas fugaces conocidos, que bien puede asegurarse que el origen de unos y otras es el mismo, con la diferencia, sin embargo, de que en tanto que éstas describen órbitas parabólicas y aun elípticas, como los cometas de reaparición calculable, aquéllos se mueven en órbitas hiperbólicas; dedu-

ciéndose, en suma, que si bien muchos de dichos cuerpos han nacido y poblado en el espacio interplanetario, otros pueden ser completamente extraños á nuestro sistema solar, y venir, por consiguiente, de las profundidades intersidéricas.

En estos últimos tiempos se han emitido otras dos hipótesis muy ingeniosas. En la primera, debida al ilustrado geólogo M. Mémier, se admite que los meteoritos provienen de un antiguo satélite de la Tierra, que estalló en otro tiempo, y cuyos restos van cayendo poco á poco. La segunda es del sábio y popular astrónomo Camilo Flammarion, quien sostiene que los meteoritos no son sino fragmentos de rocas lanzadas á considerables alturas por las erupciones volcánicas del globo terrestre en sus primitivas edades, y que vuelven, después de tan largo trascurso, á caer sobre su superficie. Como las objeciones con que tropieza esta hipótesis, y los nuevos argumentos con que puede apoyarse la de monsieur Mémier han servido de asunto á un trabajo que el autor de estas líneas ha publicado no há mucho, ha de serle permitido ampliar las consideraciones que á ello se refieren,

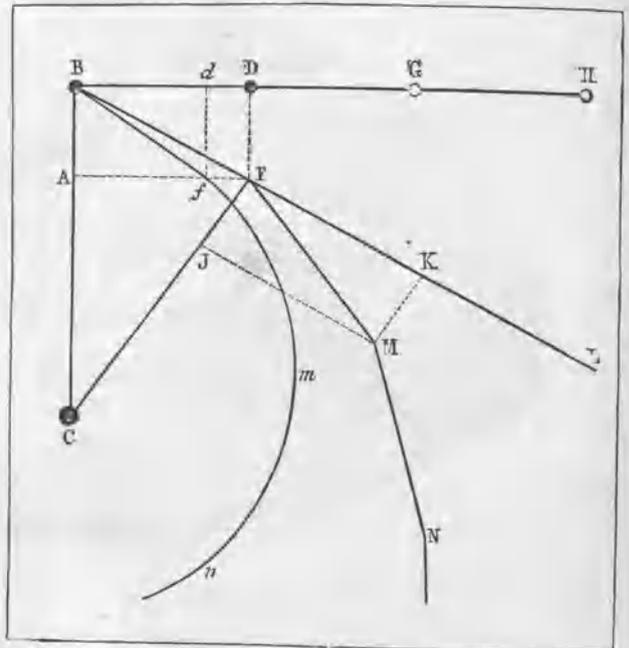
máxime cuando el interes de estos problemas es palpitante, y debe ofrecerlo ciertamente al lector ilustrado que se proponga estar al tanto de cuanto en el día se discurre, calcula, observa y experimenta sobre el particular.

Las dificultades con que tropieza la hipótesis de Flammarión resaltan desde luego con sólo establecer las consecuencias necesarias que de ella derivan y los hechos que deben ser inherentes. Si estos hechos y aquellas consecuencias se tocan, la opinión está bien cimentada; si no, es insostenible. Está probado hasta la última evidencia que uno de los caracteres más sobresalientes de las rocas eruptivas cuya aparición se efectuó en los tiempos primitivos, es la preponderancia del estado cristalino; así como que la aparición de las eruptivas manifiestamente porosas no data sino de la mitad de la era terciaria. Es, pues, consiguiente que, si aquellas erupciones hubieran proyectado á grande altura algunos de sus materiales, con los gases y vapores, que son sus habituales acompañantes, las rocas que á la sazón se formaron y que tenemos á la vista en innumerables puntos, presentarían el aspecto poroso, lo cual es contrario á la observación. Diráse tal vez que el autor podría haber recurrido á las erupciones de los tiempos terciarios; pero esto no resuelve tampoco la dificultad, dado que las materias sólidas arrojadas por dichas erupciones son conocidas y consisten en bombas volcánicas y cenizas, han sido diseminadas al rededor de las bocas eruptivas sin orden manifiesto y en un espacio de radio limitado, hechos todos que son incompatibles con la hipótesis, pues, según ella, debieran existir al rededor de cada cráter montones de gruesas bombas, de las que no se hallaron dotadas de fuerza proyectiva suficiente. Nada de esto se observa en la Naturaleza, pues las bombas que yacen en los distritos volcánicos, como en Olot, al rededor de los cráteres, ni son de gran volumen, ni abundan sobremanera, ni se extienden á considerable distancia de los centros de donde proceden. Todo ello sin contar con que en los volcanes actuales no hay ningún ejemplo que pueda ser invocado para sostener, como Flammarión sostiene, que los productos fueron arrojados á alturas de 8.000 y 11.000 metros, resultando, en definitiva, que su hipótesis se aviene mal con los hechos que la observación revela.

Antes de ocuparme en la hipótesis de M. Meunier empezaré por una breve digresión, indispensable para despojar el razonamiento de todo carácter que no sea exclusivamente vulgarizador. Sea *B* (fig. 2.ª) un cuerpo que camina en el vacío con una velocidad uniforme *BD*; es decir, que si en el primer segundo de tiempo de considerar el movimiento recorre, por ejemplo, el espacio *BD*, en el segundo siguiente recorrerá el *DG*, igual al anterior, en el tercero el *GH*, y así sucesivamente. Supongamos que al encontrarse en *B* una fuerza atractiva exterior, nacida de la presencia de otro cuerpo *C*, la obligara á recorrer, en virtud de su sola acción, el espacio *BA*; pues bien, de la combinación de ambas fuerzas resulta que el móvil recorre el espacio *BF* marcado por la diagonal del paralelogramo construido con los lados *BD* y *BA* ó intensidades de aquellas fuerzas. Si la atractiva cesara de actuar, el móvil caminaría indefinidamente en línea recta, á lo largo de la nueva dirección, y se ballaría su-

cesivamente en *F*, *K*, *L*, en los segundos siguientes; pero si dicha fuerza continúa actuando, y al encontrarse en *F* lo atrae con una intensidad *FJ*, recorrerá la diagonal *FM*; siendo fácil colegir que, repitiéndose sin cesar estas atracciones, y considerando suficientemente próximos los momentos para que las rectas *BF*, *FM* sean muy pequeñas, describirá al rededor del cuerpo *C* una curva *BFMN*.

Imaginemos ahora que, á partir del instante en que el móvil llega á *B*, ya no le es dado caminar en el vacío, sino en el agua. Es evidente que, obligado á moverse en el seno del líquido, y experimentando de parte de éste una resistencia que ántes no existía, por ser el vacío de una tenuidad absoluta, su velocidad se habrá amortiguado, y en el primer segundo ya



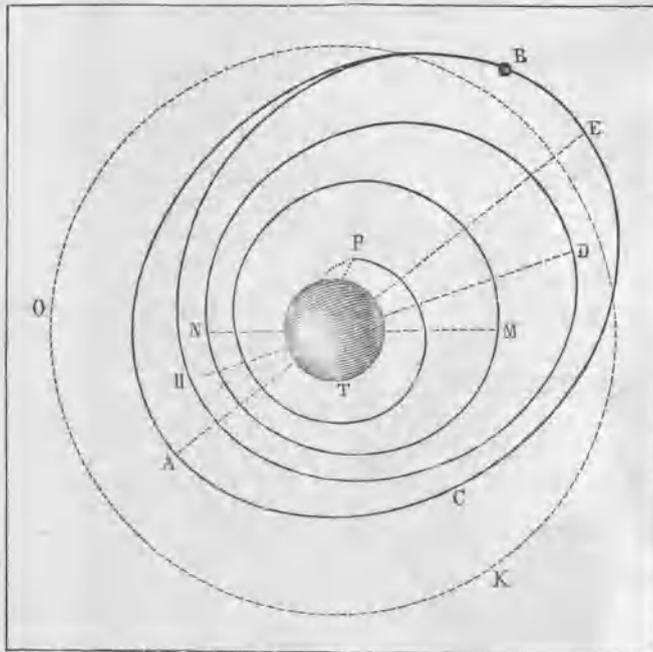
no recorrerá el espacio *BD*, sino otro, *Bd*, más pequeño. Aplicando aquí lo dicho en el párrafo precedente, y construyendo el paralelogramo sobre los lados *Bd* y *BA*, se verá que en el primer segundo recorre la diagonal *Bf*; y como en el segundo siguiente la fuerza de impulsión vuelve á ser amortiguada porque la resistencia del medio no cesa, es también evidente que la curva cerrada, ó sea el óvalo ó elipse, que describe el móvil va estrechando sus límites continuamente, su eje mayor y la distancia al centro *C* van disminuyendo á cada revolución, la velocidad aumentando, porque la fuerza atractiva actúa de cada vez á menor distancia, y como el término de aquellas disminuciones es quedar anulado el espacio que media entre ambos cuerpos, este resultado llega al fin á producirse. Queda, pues, demostrado á nuestro modo, que cuando un cuerpo gira al rededor de otro y se mueve en el seno de un medio que no sea el vacío absoluto, su velocidad va siempre en aumento, y su caída sobre el segundo puede retardarse más ó menos pero es al fin inevitable.

Esto entendido, y sabiendo que la altura de la atmósfera



«SIN TESTIGOS.»—(CUADRO DE F. KRAUSS.)

terrestre es de 36.000 kilómetros, lo cual, para nuestro objeto, basta simplemente dejar consignado (1), admitamos la existencia de un satélite que gira al rededor de la Tierra, á una distancia de cinco á siete radios de la misma (2). Segun que la forma elíptica de la curva que describe sea más ó ménos acentuada, podrá suceder que toda ella se halle dentro de la envoltura gaseosa de nuestro globo, ó que alguna parte, la más separada, se extralimite. Como quiera que sea, siempre ha de resultar que, mientras el astro camine en el seno del medio gaseoso, le será aplicable la doctrina que se acaba de exponer, su distancia á la Tierra irá disminuyendo, su velocidad aumentando, y una de dos, ó concluye por caer al suelo, ó estalla en el aire á considerable altura. Esto último



es lo que ha debido suceder, puesto que, animado el astro de una velocidad planetaria, ha bastado una resistencia relativamente pequeña de parte del aire para amortiguar su impulsión, aumentar de resultas su velocidad, y llegar pronto á adquirir la propia de los bólidos, desde cuyo momento no ha podido ménos de hacerse, como ellos, pedazos. La diferencia que entre uno y otros existe hace tan sólo relación á la magnitud del fenómeno, incomparablemente mayor en aquel caso que en éste.

La primera consecuencia del estallido es la disminución de la velocidad propia de los fragmentos, por una razón idéntica á la expuesta más atrás, si bien ahora cada fragmento, ó hablando con rigurosa propiedad, cada bólido, conserva todavía una gran velocidad, á causa de la extraordi-

na magnitud del fenómeno, resultando que, á partir de la detonación, describe al rededor de la Tierra una elipse cuya forma más ó ménos prolongada depende de la fuerza y dirección con que ha sido lanzado. La única condición calculable á que todas las curvas están sujetas se reduce á tener un punto común de contacto, que es aquel en que el astro fué roto, como lo enseña la Mecánica. Siguiendo el razonamiento há poco empleado, es de colegir que tambien ahora pudo acontecer que una parte de la órbita quedase fuera de la atmósfera; pero, de todos modos, es forzoso que durante la marcha del bólido á través del aire aumente su velocidad, y concluya por romperse á una altura mucho menor que la del estallido del astro primitivo; y como ahora la velocidad de los fragmentos resultantes se halla muy amortiguada, y la proximidad del suelo impide que describan verdaderas órbitas, caen inmediatamente.

La figura 3.^a hace todo esto más comprensible. *T* es la Tierra, el círculo punteado *OK* el límite de la atmósfera, *B* el bólido, que describe la órbita *BACE*, cuyo eje mayor es *AE*. Al penetrar en la atmósfera, su órbita se contrae, y por consecuencia, tambien el eje mayor, y al cabo de incalculable número de revoluciones completas, número que ha exigido inmenso trascurso, millares de siglos quizá, el eje mayor se acorta y viene á ser *HD*, más tarde *NM*, y por último, cuando la órbita se ha reducido notablemente y el bólido la recorre con rapidez vertiginosa, llega á un punto *P* en que detona, y desde allí caen al suelo sus fragmentos. Importa fijarse bien en que la curva representada en la figura no es la que describe el bólido de una sola vez, porque, si así fuese, fácilmente se concibe que á la tercera ó cuarta revolución daría en el suelo. En la imposibilidad de dibujar todas las órbitas, porque hubiera sido complicar el dibujo y hacerlo ininteligible, he trazado órbitas separadas por un espacio de tiempo indeterminado, pero inmenso. Tambien es de advertir que, acelerando el móvil su marcha en progresión creciente á medida que su distancia al centro atractivo disminuye, la diferencia entre los ejes *AE* y *HD*, entre *HD* y *NM*, no es proporcional al tiempo transcurrido, siendo, por el contrario, tanto mayor cuanto más cerca de la Tierra se consideran dichos ejes.

Al lector asiduo de LA ILUSTRACION no ha de costarle trabajo comprender que esta hipótesis recibe nueva sancion de los hechos y de razones de orden especulativo, con sólo recordar la teoría que sobre la constitucion geológica de la Luna anticipé en el número de 15 de Mayo de 1879. De las ideas allí expuestas se desprende que la composicion mineralógica del satélite hipotético ha de ser muy análoga á la de las regiones profundas del satélite efectivo, en donde predominan, como es sabido, los metales del grupo que comprende el hierro, níquel, cromo; es decir, precisamente los mismos elementos que, segun el análisis químico, abundan en los meteoritos, patentizándose, por cierto de una manera asaz elocuente, la comunidad de origen de estos cuerpos y el proceso que ha presidido en la formacion del astro de donde proceden. Así se enlazan con trabazon admirable unas teo-

(1) El lector que desee conocer la demostracion genérica de este punto, y las consecuencias que de ella se derivan, puede ver un trabajo que, con el título de *Les atmosphères des corps célestes*, he publicado en *Les Mondes* de 30 de Setiembre de 1880.

(2) El radio de la Tierra es de 6.200 kilómetros.

rias con otras, y éstas con hechos, al parecer, aislados y sin conexión con ellas. Y es que á medida que los descubrimientos se multiplican y la potencia de la induccion y del cálculo adquieren nuevo vigor y toman más alto vuelo, brillan en el cielo de la investigación nuevos soles, que alumbran el derrotero hácia las tierras ignotas de la verdad contingente. Cuanto más estudio y saber, y ménos preocupacion intervengan en apreciar el valor y la significacion de esos soles; tanto más corta y segura es la navegacion en el piélago sin límites de lo desconocido, tanto más ricos los paisajes

descubiertos y los florones añadidos á la corona de la ciencia, y tanto más pronto, en fin, resuena en lo alto del azotado bajel la palabra ¡tierra!; pero no tierra inhospitalaria y de procelosa costa, donde el abismo se abre y el naufragio amenaza, sino la tierra paradisíaca, do brilla en su incomparable majestad y sin nube que lo empañe, el sol esplendoroso de la VERDAD necesaria.

JOSÉ J. LANDERER.

Tortosa, 1884.



«EN LA ESTUFA.»—(DIBUJO DE D. KNOWLES.)



(Dibujo de D.^a Teresa S. de Comba. — Grabado de D.^a Engracia S. de Vela).

LA VISITA DE MI MUSA.

Estaba al númer precario
 Dando hace poco tormento
 Por hallar un elemento
 De artículo hebdomadario (1)
 Con que propinar su toma
 De amena literatura
 Al lector (se me figura
 Que ya es tiempo de hacer coma),
 Cuando sentí por el lado

(1) El autor colabora una vez por semana en *El Diario de Manila*.

Del frontal cierto escozor,
 Si poco para dolor
 Para comezon sobrado,
 Que me hizo esbozar un gesto
 Y llevar con extrañeza,
 Las manos á la cabeza,
 Preguntándome: — ¿Qué es esto? —
 — ¿Con esas te vienes, chico? —
 Dijo el estro dando voces;
 — ¡Pues qué! ¿ya no me conoces?
 Soy la musa que te pico. —

Confesaré que el semblante
Se me alteró de placer :
— No te detengas, mujer, —
respondí ; — pasa adelante. —

Y haciendo planes diversos
Con que celebrar mi hallazgo,
Me dije : — No es mal hartazgo
El que á darme voy de versos.
Pues ya llenan honda sima
Los años en prosa ricos,
Que, como dicen los chicos,
No me *junto* con la rima.

Entró al cabo la que dama
Fué ayer de mis pensamientos,
Haciendo mil aspavientos,
Cual si arriesgase su fama ;
Que, al fin, la musa es mujer,
Y, aunque acuda de buen grado,
Finge violencia en su agrado
Y disgusto en su placer.

No se presentó con *chia*,
Ni *periblima*, ni estola,
Ni aún á la antigua española,
Sino á la usanza del día ;
Pues sabe bien que en la canga
Pondría yo sin excusa
Á todo aquel que á su musa
La viste de *mojiganga*.

Llevaba, en suma, vestido,
Zapatos, un *water proof*,
El correspondiente *pouf*
En el lugar consabido,
Y un tul cubriendo su cara
Y pendiente de un sombrero,
Que parecía un *puchero*
Puesto sobre una *mampara*.

Cinco dedos como espinas
Me tendió sin más ni más,
Que, á dármelos por detras,
Los tomo por disciplinas ;
Y tosiendo por recurso
Ó por quitarse un estorbo,
Me hizo tragar de un sorbo
Todo el siguiente discurso :

— ¿ Sabré al fin por qué razon
Á quien cual yo te quería
Le das, no la cesantía,
Sino la jubilacion ?
No me interrumpas ni asomen
Al labio excusas livianas, —
Dijo al ver que yo las canas
Le enseñaba y el abdómen.

— Porque, pelirubio ó tordo,
Jamás te he negado el plectro,
Y sí te amé hecho un espectro,
Casi más me gustas gordo.

Aunque la inconstancia es cosa
Natural en tu organismo,
Y explique bien eso mismo
Que me dejes por la prosa,

Fuerza es que de tí mal hable
Y atroz tu conducta encuentre,
Y aún chille como si el vientre
Me lo abrieran con un sable ;
Porque, en fin, si no un escoplo
De primera, un buen formon
Siempre á tu disposicion
Puso benigno mi soplo,
Con el que has hecho unos hijos
Que, si de ello no te infatuas,
Diré que, sin ser estatuas,
No eran tampoco botijos.

Yo, sin recursos exóticos
Ni hablar del aura y del cierzo,
Te he inspirado sin esfuerzo.
Consonantes estrambóticos ;
Y no una vez, más de cuatro,
En tu carrera dramática,
Te ha librado mi sal ática
De una silba en el teatro ;
Sin contar de amor los gajes
Que con la rima tuviste,
Que es alcanzar con alpiste
Lo que á muchos cuesta encajes.

Sólo un defecto, en tí rancio,
Puede excusar, aunque á medias,
Que ni en libros ni en comedias
Te acuerdes de mí : el cansancio ;
Mas por él no te denigro,
Que si un mal otro mal pália,
De una justa represalia
Pongo á tu prosa en peligro.

Á ver si en un noble rapto
Me levantas el secuestro
Y á blandir vuelves el estro,
Para el cual aún estás apto :
La prosa, que por sí es árida,
Tiene en tí el inconveniente
De incorrecta y de valiente
En la acepcion de cantárida ;
Mientras tus versos sin ripios,
Aunque no son un dechado,
No tienen lado con lado,
Ni adverbios ni participios.

Ambas musas siguen rumbos
Opuestos ; y es, el quererlas
Comparar, comparar perlas
Con..... no sé, con higos chumbos.

Conque, sin ponerte el parche
De mi herida en estas lides,
Tú dirás si al fin decides
Que me quede ó que me marche. —

Así habló, y aunque vi que era
Cualquiera excusa un pegote,
Me atusé un poco el bigote
Y empecé de esta manera :

— Si ántes dejas que la esponja
Con mano resuelta pase
Por alguna que otra frase
Que te inspiró la lisonja,

Te diré que llena estás
 De razon, pero de cuajo,
 Por encima, por debajo,
 Por delante y por detras;
 Conviniendo en que, no obstante,
 Yo tambien la tengo, ¡oh rima!
 Por debajo, por encima,
 Por detras y por delante;
 Pues el que fué pelirubio,
 Ya es hoy casi pelitordo,
 Que trocó lo esbelto en gordo
 Y el célibato en connubio;
 Y en cuanto se entrega al tálamo,
 Sabrás, por ser cosa de *ene*,
 Que un marido ya no tiene
 Tan á punto siempre el cálamó.
 Y no es porque yo á las coplas
 Les haya perdido el gusto,
 Ni porque tú (fuera injusto)
 Con ménos afán me soplas;
 Es que de hoy para mañana
 Se va dejando el oficio,
 Y al cabo se adquiere el vicio
 De perder costumbre y gana.
 Recuerdo más de una noche,
 De esas de lluvias y barro,
 En que, encendiendo un cigarro,
 Me dije al verme sin coche
 (Pues yo detesto el tranvía
 Y el carruaje de alquiler):
 —No salgo; voy á poner
 En verso..... la letania.—
 Y pensando en sí á *regimenes*,
 Hay rima y no la hay á *Cápiz*,
 Me armé de papel y lápiz,
 Los cómplices de mis crímenes;
 Pero no logré en mi fiebre
 Otros consonantes ver
 Que el de hombre para mujer
 Y conejo para liebre.
 Y es lógico, porque está
 Muy orondo y satisfecho
 Mirando un hombre hácia el techo
 Como esperando el maná,
 Cuando una voz, en la pieza
 Grita inmediata al despacho:
 —Vén, corre, que este muchacho
 Se ha partido la cabeza;—
 Y allá va buscando el mirlo
 Tafetan aglutinante,
 Que es el mejor consonante
 Que hasta hoy se conoce á chirlo.
 Y no es tan malo que lluevan
 Chichones con baraunda;
 Lo peor es la segunda
 Parte de Francisco Estéban:
 Cuando una esposa (y la mia
 Ve más que un lince, aunque es miope)
 Tiene celos de Caliope,
 De Melpómene y Talía.

Si enjareto un madrigal
 Y voy lleno de placer
 Á indagar de mi mujer
 Si lo encuentra bien ó mal,
 Me pone de un tiron *hache*,
 Una oreja en campo gules
 Por preferir los azules
 Á sus ojos de azabache.
 Si pienso un drama, y en Nubia
 Finjo la accion, á la dama,
 Por negro que sea el drama,
 La tengo que pintar rubia;
 Y el borrador tiro al cuévano,
 Ó el plan traslado á Campeche,
 Para evitar que sospeche
 Que pueda gustarme el ébano.
 Sin contar el tabardillo
 Que escribiendo coplas pillas,
 Porque, en fin, las redondillas
 No se sacan del bolsillo;
 Y el que un mes el campo aladre
 Para plantar ajos porros
 No suda como ahora á chorros
 Suda el hijo de mi madre.
 Luego si para colgar
 De una escarpia mi laud,
 Hay razones de salud
 Y conveniencias de hogar,
 Dedicatelo á un solteron;
 Porque para un buen marido
 Ni es ya ambrosia el cocido,
 Ni néctar el peleon.
 —Tienes mucha urbanidad
 Y eres sobrado decente
 Para atreverte de frente
 Á decirme la verdad;
 Pero no exijas que yo
 Tus burdos embustes crea:
 Sé franco, di que estoy fea,
 No te gusto y..... dominó.—
 Así dijo, y se alzó el tul,
 Dejando ver una cara
 Que ni hecha de encargo para
 La del ídolo Inminsul.
 Yo quedé como un zopenco
 Y respondí:—Aunque me emplumen,
 No reconozco en ti al número
 De las obras de mi elenco:
 Aquella belleza plástica
 De organizacion artística,
 No procaz aunque humorística,
 Ni insolente aunque sarcástica,
 La que me siguió á Corfú,
 La que entró conmigo en Sérica,
 La musa turgente, esférica,
 Que tanto quise, ¿eres tú?
 —No hablára, arguyó, el más zafio
 De ese modo á una modista.
 Pon en verso esta entrevista,
 Te lo ruego; es mi epitafio.—

Y haciendo por tener tos
 Y arrancándose unas greñas,
 —Te amé— dijo— me desdenas....
 Que el mundo nos juzgue. Adios.—



Yo no desplegué mis labios;
 La dejé marchar del todo,
 Y luego escribí ésta, á modo
 De fansion de desagravios.

Mas tome el lector en cuenta,
 Si es que estos versos se imprimen,
 Que alego, atenuando el crimen,
 El que pasé de cuarenta;
 Y ya no me queda más
 De mis instintos añejos,
 Como á los músicos viejos,
 Que la aficion y el compás.

ENRIQUE GASPAR.

Hong-Kong, Mayo 1884.



•FLORICULTURA. •

SUPERSTICIONES VULGARES.



El vulgo de todas las naciones ha sido y es naturalmente dado á todo lo extraordinario y maravilloso; y al decir de todas las naciones, claro está que no exceptuó á la nuestra: ántes, al contrario, si no la pongo en primera línea tratándose de este particular, tampoco la coloco en último término. Ya sea á causa de lo febril de la imaginación del pueblo español, efecto de la situación meridional que ocupa; bien por la multitud de gentes advenedizas que de él se enseñorearon, ó lo habitáran á bandadas,

como los judíos y los gitanos; ora, lo que juzgo no poco probable, en fuerza del interés que moviera á ciertos sujetos astutos y vividores á explotar la credulidad del pueblo sencillo, ó ya por la causa que quiera, lo cierto es que el capítulo de supersticiones vulgares, arraigadas en nuestro suelo desde tiempo inmemorial, es más extenso de lo que á primera vista parece.

Y no se vaya á creer que la culpa de semejante aberración estriba en apatía por parte de las potestades eclesiástica y civil: tan lejos de eso, la Iglesia universal las ha condenado desde los primeros siglos, y por lo que respecta á nuestro suelo, raro será el sínodo diocesano de cada obispado en que, no ya generalmente, sino en particular, deje de especificarse algún caso concreto en sus Constituciones, cual sucede, verbi gracia, en las Sinodales de Segovia, donde se dice, título XVII, cap. IV: «Somos informados que en nuestros lugares deste nuestro obispado, en los entierros y llantos que hacen por los difuntos, se usan muchas supersticiones y se tienen abusos, que conviene remediarse, como es tener las mujeres, en las sepulturas de sus maridos ó parientes, una piedra en que están de pechos, y no se levantan mientras se dice la misa, y están cubiertas las cabezas con capillas, así hombres como mujeres, en las iglesias durante los oficios divinos, lo cual es indecencia y desacato. Ordenamos y mandamos que de aquí adelante nadie use de las dichas ceremonias y supersticiones, ni otras semejantes, so pena de cuatro reales, por cada vez que lo contrario hiciere, para la Fábrica de la iglesia donde fuere parroquiano», etc. (1).

(1) *Constituciones Sinodales del obispado de Segovia hechas por D. Andrés de Cabrera y Bouadilla, etc. Imprenta en Barcelona, en casa de Hubert Godard, 1887.*

En las Constituciones Sinodales de Toledo, celebradas sucesivamente por los señores cardenales Quiroga, Rojas, Infante, Moscoso y Portocarrero, tratándose de los *Gitanos* (libro V, tit. XII), se exhorta y manda á los jueces eclesiásticos, amén de otros particulares, que los prohiban hablar su lengua, traer su traje, andar en compañías y decir la *buenaventura*.

En unos *Pregones ó Leyes publicadas en Alcalá de Henares, año de 1411*, por mandado del Dr. Alfonso Fernández de Cascáles, alcalde del Rey, se dice, entre otras cosas muy curiosas, lo siguiente: «... porque muchos é ninguno va (2) contra este mandamiento (3), usando de estas maneras de adivinanza, conviene á saber: de agujeros, de aves, é de estornudos, ó de palabras que llaman proverbios (4), é de suertes, é de fechizos, é cara en agua, ó cristal, ó en espada, en espejo, ó en otra cosa lucia, é facen fechizos de metal, ó de otras cosas cualesquier, ó de adivinanza de cabeza de ome muerto, ó de bestia, ó de pollina, ó de niño, ó de mujer virgen, ó de encantamientos de cerceros, ó de ligamientos de casados, ó cortar la rosa del monte porque sane la dolencia que llaman *rosa*, ó otras cosas servibles de éstas por haber salud, é por alcanzar otras cosas temporales que codician, las cuales Dios permite muchas vegadas á los diablos que las cumplan los tales pecados de las gentes.

... nin sea otrosi fechicero, nin encantador, nin sortero, nin se conseja con los adivinos, nin pregunten verdat á los muertos

... por ende, el dicho señor Rey, por cumplir la voluntad de nuestro Señor Dios, é guardar las leis del su regno que en este fecho fablan, manda é defiende (5) firmemente que de aquí adelante personas algunas, de cualquier estado, ley ó condicion que sean, non sean osados de usar de tales enoigas (6); é porque mejor sea guardado, mando á los alcalles é justicias de cualquier cibdat, villa ó logar, doquier que fallaren los tales malfechores que de aquí adelante usaren de los tales maleficios, que los MATEN, seyéndolos probado por testigos ó por confesion dellos mismos; ó los que los encubrieren en sus casas á sabiendas, sean echados de la tierra por siempre; é si las dichas justicias non lo complieren, manda que pierdan los oficios: é porque ninguno non haya excusacion de lo non saber, ordena é manda que las justicias fagan leer este ordenamiento en Consejo público á campana repicada una vez en cada mes un dia de mercado, é por cada vegada que así no lo ficieren leer, pone en ellos é en cada uno de ellos pena de seis mil maravedis que pague, é que sea la tercera parte para la su Cámara, é la otra terc-

(2) *Vaya.*

(3) El de amar á Dios sobre todas las cosas.

(4) Proverbio tiene aquí la significacion de *salicicio* ó *pronóstico*.

(5) *Prohibe.*

(6) *Maldades ó abominaciones.*

ra parte para Santa María de la Merced para sacar cativos, é la otra tercera parte para el acusador.»

Castigos tan atroces y crueles como los que acabamos de ver adoptó el monarca, que no era otro sino D. Juan II, ó, mejor dicho, sus tutores, puesto que á esa fecha sólo contaba este rey siete años de edad, parece que habian de extirpar para siempre hábitos tan perniciosos; mas no hubo de suceder así, cuando un siglo despues salia el maestro Pedro Ciruelo con su *Reprobacion de Supersticiones*, el Dr. Gaspar Navarro con su *Tribunal de la Supersticion ladina*, y un anónimo con su *Tratado muy sutil y bien fundado d' las supersticiones, y hechizerias y canos conjuros, y abusiones*, etcétera, dando á entender en letras de molde, y con frases harto enérgicas, los estragos que semejantes abominables prácticas seguian produciendo; y para que no se me crea por sólo mi dicho, basta consignar que el maestro Ciruelo encabezaba su prólogo en los siguientes duros términos: «Esta es vna doctrina muy verdadera y catholica sacada de las entrañas de la mas sana theología; que disputa contra los errores de las supersticiones / y hechizerias que en estos tiempos andan muy publicos en nuestra España: por la negligencia de los señores prelados / y de todos los otros jueces: ansi eclesiasticos como seglares: a los quales va dirigida esta obrecilla compuesta por el maestro Ciruelo canónigo dela sancta yglesia de Segovia.»

Por lo visto, en la época del maestro Ciruelo (hacia 1430) podia censurar un escritor con toda libertad los actos de las personas constituidas en alta dignidad. Los tiempos han variado: hoy existe libertad para hablar impunemente en contra de Dios, de la Virgen María y de la corte celestial; pero cuenta con tocar siquiera en lo más mínimo al nombre de las potestades terrenas, ó al de cualquiera de los individuos que componen la pandilla que las rodean!

Mas, á todo esto, pregunto: ¿qué es lo que se proponia el reverendo Ciruelo con inculcar en esta ocasion á las autoridades eclesiástica y civil? ¿Que se matara á más de media humanidad?... Porque, ya lo hemos visto: pesaba un decreto de muerte sobre los supersticiosos, un decreto de expatriacion sobre los encubridores, y un decreto pecuniario sobre las autoridades morosas; y, sin embargo, el mal no desaparecia. ¿Cómo se explica esto? Pues se explica muy fácilmente. Esto se explica diciendo que, así como la naturaleza humana es ocasionada á padecer enfermedades en su organismo, que no siempre está en su mano el poder evitar, de igual manera se contempla sujeta á experimentar perturbaciones en su imaginacion, á cuyo influjo no siempre le es dado el poder sustraerse, sea cualquiera la causa predominante. Así, vemos que continuaba la práctica de semejantes creencias á fines del siglo XVI y principios del XVII, como nos lo testimonia Cervántes en varias de sus obras, y muy especialmente en su *Coloquio de los Perros*. Bien es verdad que Ciruelo, lo mismo que sus imitadores, prestaron un gran servicio con sus escritos, al hacer patentes, sin paliativos ni ambages, la ninguna razon de ser que tienen los sortilegios, así como las fatales consecuencias que en ocasiones producen; pero no lo es ménos que tales aberraciones del ánimo no se curan apelando á extremos crueles y rigurosos, sino tan sólo valiéndose de medios suaves é insinuantes: estos medios estriban, á mi modo de ver, en la educacion.

He dicho arriba, y repito ahora, que así como la natura-

leza humana es ocasionada á padecer enfermedades en su organismo, que no siempre está en su mano el poder evitar, de igual manera se contempla sujeta á experimentar perturbaciones en su imaginacion, á cuyo influjo no siempre le es dado el poder sustraerse, sea cualquiera la causa predominante. Pues bien, triste es decirlo, aunque doloroso: en pleno siglo XIX, á pesar de sus pretensas luces, no ha desaparecido, ni lleva traza de desaparecer en mucho tiempo, semejante dolencia de las *supersticiones vulgares*. Y cuenta con que al calificarlas así, entiendo por *vulgo*, no sólo á la clase del pueblo, sino á gran parte de individuos pertenecientes á las jerarquias más elevadas de la sociedad.

Ya se guardará nadie de decir que exagero al enunciar tal proposicion, con sólo recordar, v. gr., la decidida oposicion por más de cuatro personas ilustradas á casarse ni emprender un viaje en mártes, por reputarlo dia aciago; á salir de su casa alargando primeramente el pié izquierdo, por creer que con verificar tal accion le han de salir torcidos en aquél dia todos sus negocios; á sentarse á comer en una mesa donde el total de los convidados ascienda á trece, por hallarse en la firme persuasion de que uno de ellos ha de morir dentro de aquél año; el disgusto y malestar que experimentan muchos al ver derramarse la sal en los manteles, así como la alegría que rebosa su semblante al presenciarse la efüsion del vino. Por infuasto reputan no pocos el hecho de hacerse pedazos un espejo. También lo reputo yo; ¡ya lo creo! como que si el espejo es de los buenos, v. gr., de Venecia, cuesta muy buenos miles su reposicion.... (1).

¿Y qué diré aqui de los supuestos hechizos, males de ojo ó atajamientos, buenaventuras, amuletos, etc., etc.?.... Diré, primeramente, que no faltan personas instruidas, y, lo que más es, despreocupadas, que creen en tales garambainas á pié juntillas, mientras, si á mano viene, no prestan crédito alguno á los santos evangelios, ó, por no remontar tan alto ni vuelo, profesan ciega fe á esos embaucadores y curanderos, en tanto que no tienen ninguna en el arte de curar ni en sus dignos profesores; y diré, despues, que no toda la culpa es suya, puesto que ven sancionados semejantes errores y paparuchas en textos oficiales destinados á ilustrar al público en general. Por eso se rinde culto, v. gr., al filtro ó brebaje amatorio; al linco guardado en el bolsillo en los viajes de mar, como preservativo contra el mareo y el consiguiente vómito; al baile descompasado hasta rendir las fuerzas del

(1) Despues de escrito y remitido á la imprenta el presente artículo, leo en el número 163 de *La Correspondencia Musical*, revista semanal que con tanto éxito dirige en esta corte mi buen amigo el Sr. D. Benito Zoraya, el suelto siguiente, que integro traslado á continuacion por medio de esta nota:

«Ejercicio de la supersticion. La empresa del teatro Tacón de la Habana habia fijado un *vienes* para beneficio del baritone Danisi, artista napolitano, que, teniendo como de mal agüero ese día de la semana, se negó á aceptar la para la funcion citada.

«La empresa citada lo ofreció á la soprano Bianchi-Florio, que, ménos escrupulosa que su compañero, y ménos supersticiosa tambien, lo aceptó de buen grado.

«En la mañana de dicho *vienes* llegó á la Habana la escuadra que conducia al principe Carlos de Alemania; y el Capitan general de la Isla, para obsequiar al Principe, dispuso que todos los elementos oficiales asistieran al teatro, y convidó á S. A. germanica á la funcion.

«Con este motivo, hubo un ingreso de más de 33,000 pesetas, de las cuales la mitad correspondió á la señorita Bianchi-Florio.

«Fue tal el efecto que en el baritone napolitano produjo este hecho, que comenzó á sentirse malo, y, atacado de fiebre amarilla, murió en el término de cuarenta y ocho horas.»

pobre paciente, cual medicina imprescindible para sanar de la picadura de la reputada venenosa tarántula; á la uña de la gran bestia para..... Mas esto merece párrafo aparte.

No podrá tener queja la *gran bestia* de la Academia Española, al ver la virtud que ésta le atribuye á su uña. Dice así en la 4.^a edición de su Diccionario (1803): «*Gran bestia*. Animal que en su figura parece un mixto de camello y venado, y es del tamaño de éste con poca diferencia. La cabeza es grande y las orejas; el labio superior es tan largo, que le embaraza para pastar, y come andando hácia atrás; su cola es corta, y las uñas hendidas. El macho tiene cuernos, y la hembra nó. Tiene continuo mal caduco; para librarse de él mete la uña del pié derecho en la oreja, y así se cura. Por esto se estiman para este mal los anillos que se hacen de los pedazos de esta uña.»

Cuando tan crédulos se muestran algunos sabios, ¿qué mucho no dejen de serlo tantos ignorantes?

Y á propósito de semejante bestial virtud, véase lo que refiere en su *Diccionario Médico-vulgar* D. Antonio R. Guerra (Puerto de Santa María, imp. de B. Nuñez, un volumen, 8.^o, 1841), art. *Mal de corazon*, ó epilepsia en el tecnicismo de la Medicina, cuyo relato no desagradará al lector:

«Esta enfermedad consiste en convulsiones con suspensión del sentido y conocimiento. El mal de corazon suele fingirse, mas no se engaña, como se cree, á los médicos: hay signos en el arte para conocer la ficción, de la cual se desentienden aquéllos cuando el interés del que finge no choca con otros intereses más sagrados. Contra esta enfermedad hay

gentes que recomiendan llevar en el bolsillo ó colgada la uña de la gran bestia.

» Si este amuleto, como sus semejantes, ha producido efecto alguna vez, se ha debido al influjo de la imaginación; así lo prueba el caso siguiente. Aconsejaron á una epiléptica, cuyos ataques eran casi diarios, trajese consigo la uña de la gran bestia; este singular remedio fué buscado en balde, por lo que se trató de engañar á la paciente, sustituyendo una piedra encerrada y bien cosida en una bolsa de cuero. Desde que fué recibido el precioso talisman cesaron las convulsiones. Pasado un año, y teniéndose por concluida la dolencia, se hizo á la enferma patente el engaño; pero tan luego como esto sucedió, volvieron los ataques más repetidos y fuertes que ántes. En tal estado, y preocupada aún la paciente en favor del amuleto expresado, se fingió buscarlo de nuevo, mandando, entre tanto, hacer de madera una figura de pezuña forrada en cuero de caballo, la cual, presentada á la enferma, y admitida por ésta como legítima uña de la gran bestia, obró la curación positiva, puesto que no se intentó en lo sucesivo nuevo desengaño.»

Así vienen á ser, poco más ó ménos, todos los específicos con que cuenta en su vasto repertorio la cáfila de curanderos, por lo que podría aplicárseles, bajo cierto aspecto, lo de la virtud de la turquesa. Y va de cuento.

Cierta dia preguntó una señora á un filósofo si tenía alguna virtud la turquesa; á lo que le contestó éste:

— La tiene, y muy grande, señora.

— ¿Cuál?

— La de que si se cae V. con ella de una torre abajo, se hará V. mil pedazos, mientras la piedra subsistirá entera y sana; lo cual no es chica virtud que digamos.



Demos ya fin á la referencia de tantos dislates, de los cuales es mengua, y no pequeña, tener que tratar en pleno siglo XIX; y ántes de mojar la pluma para poner punto final, recuérdese, como insinué arriba, que tales aberraciones del ánimo no se curan apelando á extremos violentos, crules y rigurosos, sino valiéndose de medios persuasivos, suaves é insinuantes, y que éstos radican, segun mi leal saber y entender, en la educacion bien dirigida.

Si, notorio es que el enemigo más formidable que tiene la razon humana, especialmente en el sexo débil, es la imaginación; pues bien, edúquese á la juventud segun los rectos principios de la sana lógica, de la pura religion y moral, y de las ciencias y artes útiles, beneficiosas y recreativas; aléjese de los pastos dañinos de todo género, á fin de que crezca y se desarrolle lozana y vigorosamente; y entonces, y sólo entonces, es cuando dará la humanidad un gran paso en su atlética carrera, con feliz éxito para el individuo, para la familia y para la sociedad.

JOSÉ MARÍA SBARBI.



PENSAMIENTO.

*El hombre honrado que á la tierra vino
Con noble corazón y suerte ingrata
Se parece á un camino,
Que al mismo que le pisa y le maltrata
Le señala su rumbo y su destino.*

MANUEL DEL PALACIO.

MARÍA.

(POEMA.)

I.

Dejando en pos de sí brillante estela
Que va á morir en la arenosa orilla,
Suelta al viento la vela,
Rauda se aleja la veloz barquilla.
Mas que barco, parece cuando flota
Blanquísima gaviota
Que sobre el mar se agita y aletea;
El agua rompe con presteza suma
Llevada por la brisa y la marea,
Y al quebrantar las olas se rodea
De un ceñidor finísimo de espuma.
¿Á quién no asombra ver un frágil leño
De la arrogancia de las olas dueño?
¡Contraste prodigioso
Que el humano poder lleva descrito!
Lo débil dominando á lo grandioso;
Lo pequeño venciendo á lo infinito.

II.

Agitando un pañuelo
Desde la playa, con la vista ansiosa,
—«Adios»—dice mirando al barquichuelo
Una muchacha pálida y llorosa;
Y —«adios»—grita otra voz con insistencia
Desde la barca, varonil y clara,
Mientras se tiende entre los dos la ausencia
Y el pavoroso abismo los separa.

III.

Mar adentro, muy léjos de la orilla
Por temor á las rocas escarpadas,
Espera un bergantín á la barquilla
Con sus velas al viento desplegadas.
Llegan; salta á la nave presuroso
Ágil mancebo de gentil persona,
Y por última vez mira afanoso
Las fértiles campiñas que abandona.
Al duro rechinar de la cadena
El ancla se levanta
De húmedas algas y de conchas llena,
Y, libre ya, la nave se adelanta.
Todo se apresta en breve;
Crecen la confusion y el movimiento,
Crujen las jarcias, el bajel se mueve,

Las desplegadas velas hincha el viento
Que las banderas riza,
Y entre cantos y alegres barcarolas
El bergantín gallardo se desliza
Sobre las blancas crestas de las olas.
¡Qué rápido se aleja! ¡Cómo avanza!
¡Cuán léjos está ya! ¡Qué rauda vuelo!
¡Ni la vista lo alcanza!
Ya es un punto no más que apénas brilla
Allá donde se juntan mar y cielo....
Y aún sigue una mujer desde la orilla
Agitando llorosa su pañuelo.

IV.

Alta, delgada, de mirar ardiente,
De tez morena por el sol curtida,
De negros ojos y espaciosa frente,
Ya toca sonriente
La hermosa primavera de su vida.
Niña y mujer á un tiempo, su mirada
Tiene tal transparencia
Que junta, en confusion inexplicada,
Del amor la vehemencia,
Del pudor la inconsciente llamarada
Y la cándida paz de su conciencia;
Y aunque el rubor sus impetus sofoca
Dándoles nuevos giros,
Parece que palpitan en su boca
Besos, risas, promesas y suspiros....
¿Por qué? Porque á traves de su ignorancia
La pubertad la invade lisonjera
Y júntase al ocaso de su infancia
Al despertar de su pasión primera.
¡Terrible despertar! ¡Pob e María!
¿Por qué pierde la niña su alegría
Al trocarse en mujer? Esa amargura
Que nubla su existencia
Al abrirse la flor de su hermosura
Y desplegar sus escondidas galas,
¿Qué es en fin? El adios de la inocencia
Que pierde el ángel al perder las alas.

V.

Llegó al pueblo María
Cierta tarde de invierno tan aleve,
Tan destemplada y fria,

Que la escarcha, más blanca que la nieve,
Montes, veredas y árboles cubría.
Era tan niña aún la desdichada,
Que casi no dejó señal alguna
La huella de sus pies sobre la helada ;
Tan niña, que la suerte despiadada
Tuvo que arrebátarsela á la cuna
Para lanzarla al mundo abandonada
Al contrario vaiven de la fortuna.
¿ A qué vino ? ¿ de dónde ? ; Quién lo sabe !
Hoja á merced del viento,
Vino buscando un nido como el ave,
Sin familia, ni amparo, ni sustento.
No conoció jamás padre ni amigo ;
Criada por oscuros leñadores,
Vióse bien pronto, sin amor ni abrigo,
Sujeta de su suerte á los rigores.
Así llegó al lugar hambrienta y sola
Aquella noche destemplada y fiera,
Caminando al azar, como la ola
Que no sabe la playa que la espera.
¡ Cuán desierto lo halló ! Sólo rompía
El lúgubre silencio de la aldea,
Que un pueblo abandonado parecía,
El lejano rumor de la marea
Monótono y constante ;
El viento que con él se confundía ;
La plañidera voz de la campana,
Y el ladrido del perro vigilante,
Fiel guardador de la heredad cercana
Y terror del perdido caminante.
— Está el lugar desierto —
Dijo al sentarse la infeliz María,
Frente á un balcon abierto
Que un resplandor intenso despedía.
¿ Qué vió tras el cristal ? ¿ Qué extraña idea
Despertó de improviso su alegría ?
Ved el cuadro que ofrece la ventana :
Enfrente á la espaciosa chimenea,
Sobre mesa cubierta de manjares,
La hirviente sopa que incitante humea ;
Una jóven, un hombre y una anciana
Que en torno de la mesa sin pesares
Hablan alegremente confundidos ;
Y allá junto al hogar, do el viento brama,
Dos niños contemplando embebecidos
El resplandor rojizo de la llama
Y oyendo de la leña los chasquidos.
Ante contraste tal ¿ qué hizo María ?
Sintió á la par tristeza y alegría,
Lloró un momento, se repuso en breve,
Quedo, muy quedo, dijo : — ¡ Madre mía ! —
Y dormida quedó sobre la nieve,
Donde la halló la claridad del día.

VI.

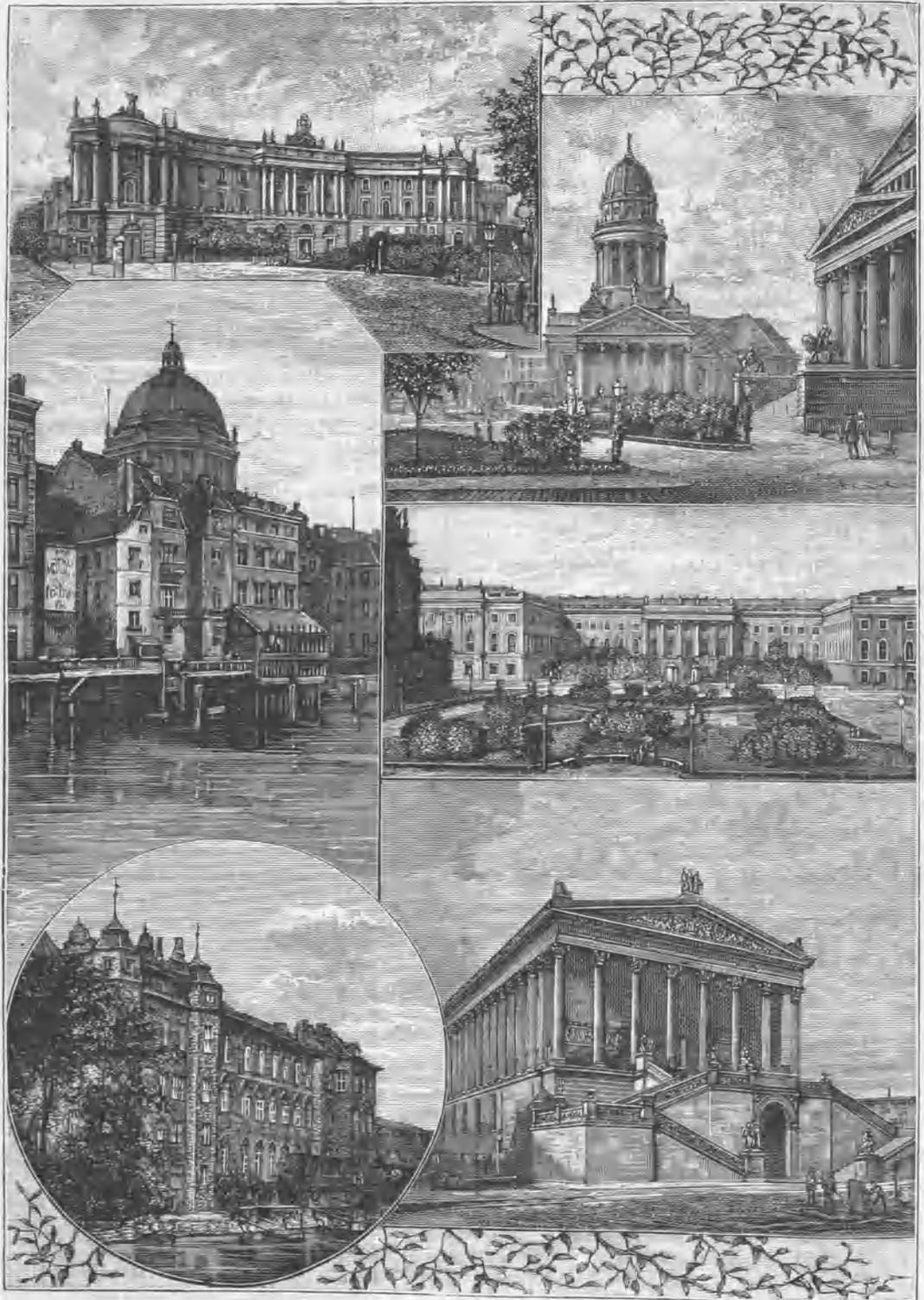
De allí la recogieron
Honrados pescadores,
Que amparo, casa y proteccion le dieron,

Y al lado de sus nobles protectores
Sus infantiles años trascurrieron.
Así creció bajo el influjo suave
De aquel bendito afecto inesperado :
¿ Debo decir que amó ? ¿ Quién no lo sabe ?
¡ Ama tan fácilmente el desgraciado !
Puso en Juan su cariño,
Y no fué su pasión amor de niño,
Fuego que muere cuando apenas brilla ;
Prendió en ella el amor con tanto brio
Como en la tierra virgen la semilla ;
Su pobre corazón, de amor sediento,
Como los secos prados en estío,
Ansioso al despertar latió violento ;
Y la que por azar de la fortuna
No conoció jamás ni ese amor santo
Que arrulla nuestros sueños en la cuna,
Amó con tal vehemencia y amó tanto,
Que su primer pasión, nunca olvidada,
Fué resumen de todos los amores ;
Explosion largo tiempo sofocada ;
Fruto precoz nacido entre las flores
De aquella tierra virgen tan regada
Por abundante lluvia de dolores.

VII.

En busca de fortuna con anhelo
Partió á América Juan, siendo muy niño ;
Quedando, con su marcha, sin consuelo
La prenda angelical de su cariño.
¡ Con cuánta pena la gentil María
Desde la playa contemplaba á solas
El bergantín gallardo que corría
Sobre las blancas crestas de las olas !
Su esperanza, su amor, cuanto desea,
Todo con él se aleja de su lado.....
— Pero ¿ qué importa ? volverá á la aldea,
No me puede engañar, me lo ha jurado. —
Así la pobre niña balbucea,
Y en el crédulo afán de la esperanza,
Confundiendo el placer y la amargura,
Repite con tranquila confianza :
— ¿ Cómo me ha de engañar cuando lo jura ?
Y eso que estar sin él es espantoso.....
Dice que vendrá rico, poderoso,
Que el oro allí con prontitud se gana ;
¡ Tal vez venga en un barco tan hermoso
Como aquel que yo vi la otra mañana ;
Con banderas que el viento sacudía
Y echando por la negra chimenea
El humo que flotante se extendía
Dorado por el sol sobre la aldea !
Será su capitán..... pues ¡ ya lo creo !
¡ Qué gallardo estará cuando vestido
Con su marcial arreo,
Regrese á este lugar, donde ha nacido !
¡ Si casi me parece que le veo ! —

B E R L I N .



Biblioteca Real. — Plaza de Schiller. — Vista del Palacio Real, desde el Sprée. — La Universidad. — Palacio Real (visto por el E.). — Museo Nacional de Pintura y Escultura

Y, en efecto, veía su quimera
Con esa claridad con que el deseo
Suele ver de antemano lo que espera.

VIII.

Trascurrieron los años lentamente,
Y Juan no regresaba
Ni en el lugar se supo del ausente:
Ella sólo en el pueblo le esperaba.
¡Quién que la viese delirante y sola
Todas las tardes recorrer la playa
Por la ondulante línea en que la ola
Sobre la arena, lánguida, desmaya,
Reconociera en ella,
Marchita por el llanto y la amargura,
Á la gentil doncella
De esplendorosa y mágica hermosura!
Sentada frente al mar, sobre las lomas,
Mientras la luz en el espacio brilla,
Mira llegar, cual banda de palomas,
Los barcos que se acercan á la orilla.
— Vendrá en ése — murmura la cuitada. —
Y llega el barco, pero Juan no llega:
— Será en el otro — dice resignada,
Mientras el llanto sus mejillas riega....
Y esperando constante su venida,
Así mira pasar año tras año,
En el ansiado bien puesta su vida;
Cada nuevo bajel que á ver alcanza
Es otro desengaño;
Y aunque siempre la ve desvanecida,
Se abraza más y más á su esperanza,
Nunca lograda ni jamás perdida.

IX.

Muchos años despues, cuando miraba
Desde la verde cúspide de un monte
El sol que tras las olas se ocultaba,
Vió un barco que, á favor de la marea
Traspóniendo veloz el horizonte,
Volaba á toda máquina á la aldea,
Dejando de la tarde entre la bruma
Ancha columna de vapor hirviente,
Y sobre el mar tranquilo y trasparente
Flotante huella de nevada espuma.
Jamás se vió, de fijo, hasta aquel día,
En el lugar un barco tan hermoso:
— Debe ser de algun príncipe — decía
La gente que en tropel tumultuoso
Volaba á ver el barco en la bahía.
— ¡Oh! Bien hace la fe que no desmaya;
¡Es mi Juan! ¡es mi Juan! — gritaba en tanto
María, que corriendo hácia la playa,
Mezclaba la sonrisa con el llanto.

— Es él, que viene rico, poderoso;
Él, que vuelve al lugar á ser mi esposo. —
Y un momento despues vió enajenada
Una frágil barquilla
Que por ocho remeros impulsada
Volaba como un rayo hácia la orilla.

X.

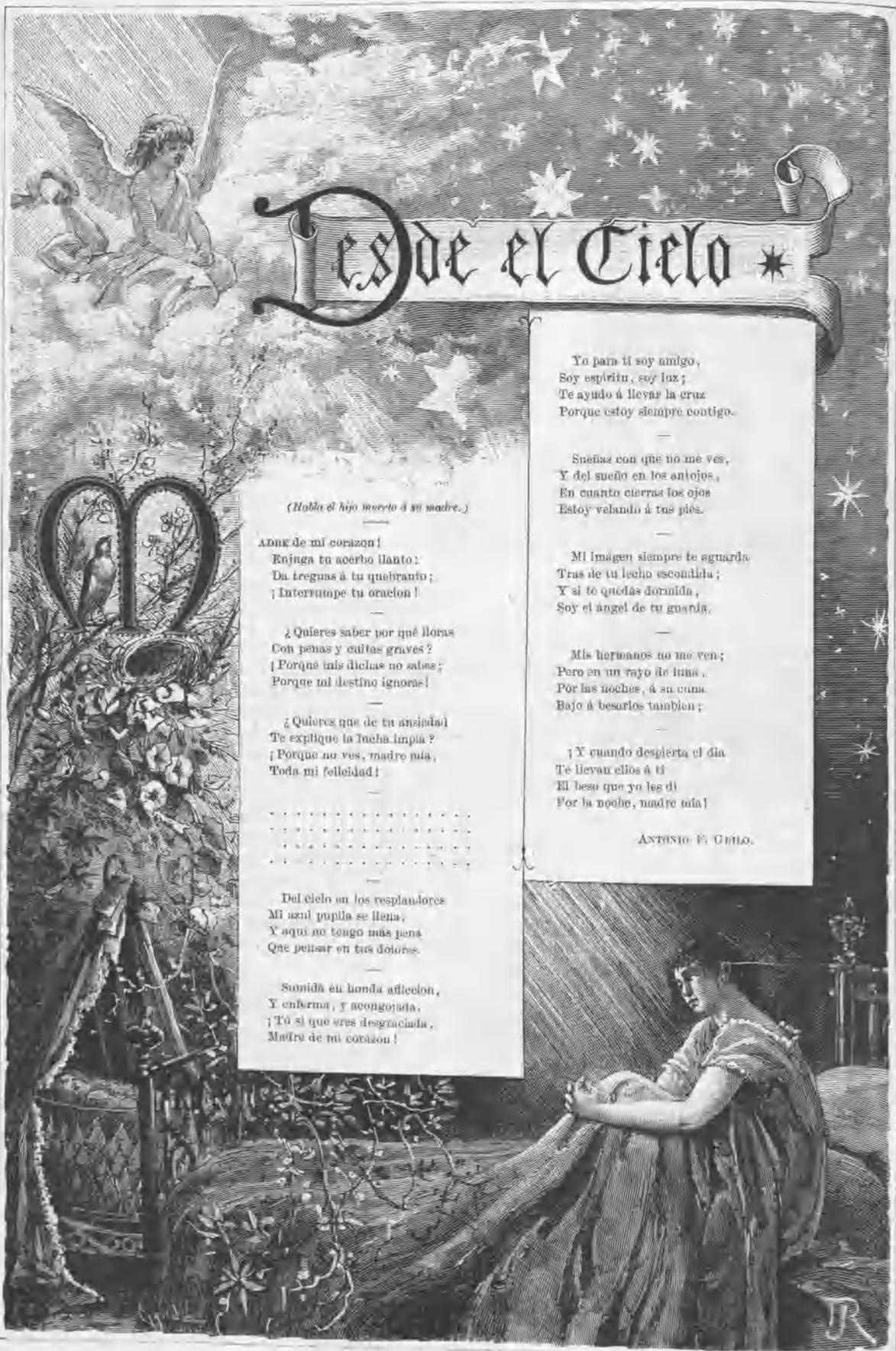
Era, en efecto, Juan, su antiguo amante.
¿Qué pasó por la huérfana constante
Al tocar el ocaso de sus penas?
Lo que una vez no más el alma siente:
La sangre hirviendo dilató sus venas,
Subió á sus labios, encendió su frente;
Entre dulces sonrojos
Su rostro recobró la lozania
Y desbordóse en rayos por sus ojos,
Como volcan que estalla, la alegría.
— ¡Es Juan!.... Mas ¿la mujer que le acompaña
Y el tierno niño que con él navega?
La vista no me engaña....
¡Le llama «padre» y en sus brazos juega!....
¡Al fin te vuelvo á ver, Juan de mi vida!
¿Dónde has estado, dónde?
¡Cuánto tiempo aguardando tu venida!
— ¿Quién es esta mujer? — Juan le responde.
— ¿No me conoces? — delirante y loca
Dice, no más, atónita María;
Y helándose las frases en su boca,
Inmóvil queda como estatua fria.
— ¡Ah, si! Puede que sea
Una pobre muchacha que jugaba
Conmigo siendo niño en esta aldea.
¡Á fe que ni siquiera me acordaba! —
Y se alejó del sitio, indiferente,
Sin sospechar el daño que causaba,
Serenó el corazón y alta la frente.

XI.

Todas las tardes cuando el sol desmaya,
Vagando por la línea en que la ola
En curva desigual muere en la playa,
Una pobre mujer, descalza y sola,
Fija siempre en su idea,
Con su alegre locura por consuelo,
Mira volver los barcos á la aldea,
Agitando en el aire su pañuelo.

JUAN ANTONIO CAVESTANY.

Julio, 1884.



Desde el Cielo *

(Habla el hijo muerto á su madre.)

ADRE de mi corazón!
Enjuga tu acerbo llanto:
Da treguas á tu quebranto;
¡Interumpe tu oración!

¿Quieres saber por qué lloras
Con penas y culpas graves?
¡Porque mis dichas no sabes;
Porque mi destino ignoras!

¿Quieres que de tu ansiedad
Te explique la Tacha Limpia?
¡Porque no ves, madre mía,
Toda mi felicidad!

Del cielo en los resplandores
Mi azul pupila se llena,
Y aquí no tengo más pena
Que pensar en tus dolores.

Sumida en honda aflicción,
Y enferma, y acongojada,
¡Tú sí que eres desgraciada,
Madre de mi corazón!

Yo para tí soy amigo,
Soy espíritu, soy luz;
Te ayudo á llevar la cruz
Porque estoy siempre contigo.

Sueñas con que no me ves,
Y del sueño en los antejos,
En cuanto cierras los ojos
Estoy velando á tus pies.

MI imagen siempre te aguarda
Tras de tu lecho escondida;
Y si te quedás dormida,
Soy el ángel de tu guardia.

Mis hermanos no me ven;
Pero en un rayo de luna,
Por las noches, á su cuna
Bajo á besarlos también;

¡Y cuando despierta el día
Te llevan ellos á tí
El beso que yo les di
Por la noche, madre mía!

ANTONIO F. GILLO.

LOS AMORES DE UNA FLOR.



I.

ILUSION.

Yo vi nacer en alfombrada orilla, que sirve de marco á un arroyuelo, una flor bella y pura, de blancura mate y perfume exquisito, aérea y delicada.

Era una azucena de esas á quienes comparamos la mujer amada y la tez ideal de los ángeles, y que comunican á los que las ven y aspiran su esencia

purísima, la beatífica sensación que se experimenta cuando se satisfacen los sentidos.

Esa flor, al parecer abandonada, pues que se erguía sola, sin que ninguna otra se prestase á formar el contraste ni á ofrecerle su amistosa compañía, era, sin embargo, querida y custodiada por un sér que la hacía feliz y contribuía á la conservacion de su vida.

Tal era aquel arroyo; tímido amante, cuando se deslizaba refrescando, al besarlos, los pies de su querida; impetuoso y soberbio, cuando obstáculo importuno quebraba sus linfas; brillante estela de oro, al retratar las arenas de su fondo; iris magnífico, cuando se deleitaba copiando una puesta de sol.

La azucena habia nacido por él y para él, á la vez que sus cantos y los colores de su paleta eran para su flor amada.

Cuando la plateada flor se sintió cargada de perfume y comprendió que era tiempo de abrir sus pétalos, inclinóse lánguidamente hasta tocar el cristal de su amado, y embalsamó sus ondas. ¡Jamás el trovador de la pradera recibió más preciado beso de flor alguna!

Y cuando el cielo se presentaba enteramente azul, y el sol se complacía en hacer más pintoresca su despedida diaria, entonces él, aprisionando en su cristal tanta belleza, se henchía y alzabase ufano, y presentábase á su flor amada, para

su recreo, el espejo mágico, que formaba con él un solo cuerpo.

Sus amores eran castísimos. Sólo se componian de perfumes, música y colores.

Por eso eran felices; por eso él se deleitaba en retratar su imagen, y ella en embriagarlo con su esencia.

II.

DESENGAÑO.

El céfiro, eterno burlador de prados y verjeles, acostumbrado á hablar al oído á todas las flores, y á verlas mecerse con coquetería, como si ésta fuese la manera de corresponder á sus halagos, llegaba cada día, y cada vez más blando y amoroso, á requebrar á aquella blanca flor.

Tanto amor fué escuchado al principio como se oye la música lejana: vagamento. Luego conoció la reina del prado que el inquieto amante, lejos de comprender su desvío, persistía en su loco afán de hacerla suya; y desde entónces se notó que por aquella flor, antes feliz, pasaba algo extraño, así como sombras de tristeza ó como síntomas de cercana muerte.

No obstante, cuando el céfiro pasaba cerca de ella, inclinábase á un lado y otro, ora hasta confundirse con el alfombrado suelo, ora hasta mojar su frente en las ondas de su prometido.

Y lo que aquel persistente amador tomaba como coqueterías y promesas de la que pretendía, no era otra cosa sino esquivez, y muchas veces besos purísimos que daba al arroyuelo, al tiempo de abatirse para librarse de su perseguidor.

Una vez éste, sospechando esos amores, se propuso sorprender el secreto; y llegó pausado, sin rozar la tierra, en momentos felices para los dos amantes y de dura prueba para él.

Y oyó al arroyuelo cantar las bellezas de su amada; y vió á ésta doblar su tallo y pagar sus trovas con caricias, y sintió grato perfume que se esparcía á su alrededor....

No quiso oír más, y alejándose de la para él ingrata y falaz, fué, en su dolor, á gemir en unos cauces vecinos, y luego á rugir airado en la selva próxima.

Allí, en la oscura bóveda de verdura que formaban las pomposas copas de los árboles, lloró de nuevo sus desventuras y juró venganza terrible.

III.

MUERTE.

Una vez más rasgáronse las vestiduras de la noche; una vez más los ángeles velaron con sus alas la tibia luz de la luna, para encender el fanal de los cielos; una vez más can-

taron las aves el nacer el día, y apareció cubierta de perlas la frente de las flores; y unas, felices, parecían ostentárselas como joya nupcial, y otras, como atavío de muerte.

La azucena gentil, que ayer disputaba su blancura á la toca de las vírgenes, se veía hoy con listas de oro, como si los rayos del sol se hubiesen incrustado en ella; y el rocío, que en otras flores semejava perlas, granates y zafiros, lucía en sus pétalos como gotas de oro mate.

Era que la enamorada sentía su próximo fin y las congojas de su felicidad turbada.

A poco se dejó oír en la selva un ruido atronador; las aves huyeron poseídas de terror; los arbustos y gramíneas doblábanse hasta formar un solo plano con las plantas que apenas tapizaban la pradera; encrespáronse las ondas del arroyo, y la esbelta azucena se sintió arrollada por una fuerza desconocida.

¿Qué acontecía?

El céfiro, irritado por el menosprecio de la que amaba con

todo su sér, pidió á sus mayores la fuerza del huracan y el fragor de la tempestad, y armado con estos poderosos elementos, corrió veloz y desatentado á llevar á cabo su terrible venganza.

Él queria aprisionar en el vórtice de su seno el cuerpo de su desdenosa amante y llevarla hasta perderla, arrastrada por el fango, herida por las espinas y desdeñada por sus hermanas.

Pero el arroyo comprendió en la agitacion de sus ondas el peligro en que estaba su prometida, y pidiendo tambien favor á sus mayores, hinchó sus venas y recibió en su seno el cuerpo muerto de la flor bendita!.....

Y afanoso, trémulo, sollozante, colocó en sus espaldas la preciosa carga, hasta que en la inmensidad del Océano encontraron sus existencias un fin comun.

CÁRLOS B. FIGUEREDO.

(Venezolano.)

Madrid, Mayo 1884.



D. ANTONIO FERNANDEZ GRILO,

DISTINGUIDO POETA LÍRICO.

GÓNGORA.

L crítico francés M. Aicard, en un estudio consagrado á investigar el origen y las causas del *langage précieux*, aquel estilo *cultidialesco*, segun él mismo le denomina (aceptando una calificación de nuestro Lope de Vega), que pusieron en boga los literatos del hotel de Rambouillet, en el París del siglo XVII, y que lograron desterrar los Corneille y el insigne Molière, emite una opinion que merece ser conocida, y es la siguiente:

«La imaginacion no se contenta con imitar lo bueno, sino que aspira á crear, si puede, lo mejor, por ley incontrastable del progreso, por eterno anhelo hácia la perfectibilidad humana; y cuando el hombre de talento se encuentra en presencia de caminos trillados, de sendas perfectamente conocidas, en el vasto campo de las letras y las artes, suele apartarse á un lado para buscar atajos difíciles, quizá peligrosos, y lanzarse por ellos con arrogante paso hasta llegar al punto deseado: si le guía la inspiracion, lega á la posteridad obras tan grandiosas como la *Divina Comedia* y la *Escuela de Atenas*; si le guía el capricho, el deseo de originalidad insensata, el mal gusto en una palabra, entónces sólo deja, por huella de su paso, alguna extravagancia; por ejemplo: el *langage précieux*.»

Viene como de molde esta opinion de M. Aicard al período gloriosísimo de la historia literaria de nuestra patria, que comienza en Garcilaso de la Vega y D. Diego Hurtado de Mendoza, en el siglo XVI, y concluye con D. Francisco de Quevedo Villegas y D. Pedro Calderon de la Barca, en el último tercio del siglo XVII: florecieron entónces los más grandes ingenios de la nacion, desde la seráfica autora del *Camino de la Perfeccion* y los *Conceptos del Amor Divino*, Santa Teresa de Jesus, hasta el príncipe de todos, Miguel de Cervantes Saavedra; y el hombre de talento (aplicando á mi propósito la opinion de M. Aicard) que se apartó á un lado de las sendas conocidas, para buscar atajos difíciles, y caminar por ellos con arrogante paso, fué D. Luis de Góngora y Argote, poeta cordobés.

•••

Fácil es bosquejar sucinta biografía de este famoso vate: ámpliamente han escrito de Góngora, entre los literatos antiguos, Pellicer y Tobar, Saavedra Fajardo, Cascales y otros, y entre los modernos, Ticknor, Anador de los Ríos, Don Adolfo de Castro, Alcántara, Rosell, Ramírez y de Las Casas Deza; y todos ellos me prestarán diversas noticias, muy curiosas algunas.

Descendió Góngora de dos ilustres familias andaluzas, y nació (segun afirma su contemporáneo Pellicer, en *Lecciones*

solemnnes) el 11 de Junio de 1561, precisamente un año antes que su enemigo, y constante blanco de sus mordaces sátiras, Frey Félix Lope de Vega; y en la calle de Marcial, el famoso epigramático hispano-romano, «y sin duda ninguna con mayor sal (dice el anónimo autor del *Panegirico por la Poesia*) y no menores nervios en las véras y agudezas en las burlas.»

Un antiguo colaborador de *La Ilustracion Española y Americana*, D. Luis María Ramirez y de Las Casas Deza, distinguido literato cordobés, ha dicho que «las casas que habitó D. Luis de Góngora y Argote son unas principales en la colación de San Juan y Todos los Santos, situadas en la plazuela de la Trinidad, esquina de la calle de las Campanas.»

No se crea que el apellido del padre de D. Luis era Góngora, y el de su madre Argote, sino al contrario: fué su padre D. Francisco de Argote, buen letrado, corregidor de Madrid en tiempo de Felipe II, y hombre de honor á carta cabal, segun las referencias de su propio hijo, y fué su madre Doña Leonor de Góngora, de ilustre prosapia, y emparentada con aristocráticas familias; pero el joven poeta, que empezó bien pronto á dar muestras de su predileccion á las palabras sonoras, cuando estudiaba Derecho en la Universidad Salmantina, á la edad de quince años, y comenzaba á escribir sus más ingenuas composiciones, sus mejores sonetos y romances, antepuso el apellido de Góngora al de Argote, por parecerle aquél más eufónico, ó tal vez más linajudo; pues muchas pretensiones nobiliarias debia de tener ya entónces el que, andando el tiempo, echó en cara á Lope de Vega la humildad de su familia, dedicándole sangrientos apóstrofes.

De su habilidad en la esgrima, y de su genio quisquilloso y pendenciero, da testimonio seguro un hecho que fué muy sonado, y que refieren sin detalles los modernos biógrafos de Góngora: parece que por cuestion de amores (aunque algun critico pone esto en duda) surgió un lance de honor entre el discolo D. Luis y el caballero D. Rodrigo de Vargas; padrino de éste fué D. Pedro de Hoces, señor de Albalá, y fué de aquél su primo D. Pedro de Angulo, el cual pertenecia, segun tengo entendido, á la noble familia de los Angulos, de Búrgos, emparentada medio siglo antes con la cordobesa de Góngora; batieronse á espada los desafiados y los padrinos, segun costumbre de la época, y quedaron heridos el de Vargas y el de Angulo, saliendo completamente ileso el que promovió la pendencia, D. Luis de Góngora y Argote.

Pero no fué tan afortunado el ya famoso poeta cordobés en sus pretensiones de destino: salió de Salamanca, graduado de bachiller en Derecho canónico, en cuanto se echó tierra, y tal vez dinero, al lance del desafio, y presentose

en la corte del fundador del Escorial, hacia 1581, contando con las recomendaciones y la influencia de antiguos amigos de su padre; y sólo después de once años de contrariedades y disgustos logró obtener un beneficio, ó racion, como entonces se decía, en la catedral de Córdoba, su patria, él, D. Luis de Góngora, «hombre de muchos nervios en las véras», según queda probado, que hubiera preferido, á no dudarlo, una plaza de alférez en los bizarros tercios que á la sazón peleaban delante de Maestrich, bajo la conducta del insigne Alejandro Farnesio, príncipe de Parma.

Olvidado estuvo del mundo de la corte, en la catedral cordobesa, la fastuosa *aljama* de los Omniadas, hasta el año 1593: fué entonces nombrado obispo de la diócesis el que lo era de Salamanca, D. Jerónimo de Aguayo y Manrique, y el racionero Góngora, junto con el canónigo D. Alonso de Venegas, salió diputado por el Cabildo para prestar juramento de obediencia, en nombre de la corporación, al nuevo prelado; y hallándose con tan humilde objeto en Salamanca, teatro de sus alborotadas mocedades, cayó enfermo de tanta gravedad, víctima de unas fiebres malignas, que por muerto lo tuvieron sus amigos durante dos días, y larga y penosísima fué su convalecencia, y aún sufrida con no escasas privaciones.

Reinaba ya D. Felipe III, y era omnipotente su fastuoso ministro D. Francisco de Gómez y Sandoval, primer Duque de Lerma: contaba Góngora con la protección de este magnate, y contó después con la del malaventurado D. Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias, y pudo alcanzar, no sin largas y enojosas pretensiones y treguas, una capellanía de honor en el Real Palacio; tuvo luego, rebuando el *Gran Felipe*, según llamaban á Felipe IV sus aduladores cortesanos, el patrocinio, y aún la amistad, de D. Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares (por quien el Monarca hizo merced de hábito de Santiago á dos sobrinos del poeta), y fué nombrado para acompañar á la corte en el primer viaje de aquel soberano al antiguo reino de Aragón, en 1626; enfermó gravemente en Zaragoza, como afirman algunos historiadores, ó en Huesca, al decir de otros, y aunque la reina Doña Isabel de Borbon, primera mujer de Felipe IV, que profesaba noble afecto al ya anciano poeta (á la sazón tenía la edad de sesenta y cinco años), le envió los primeros médicos de su Real Cámara para que le asistiesen con todo esmero, y como buen capellán que era de su palacio y capilla, D. Luis de Góngora sólo pudo salvar la vida, aunque por breve tiempo, á costa de sus facultades intelectuales: el infeliz perdió la memoria, y quedó como alejado (dice en su contemporáneo), y en tal manera, que daba grima verle, cuanto más hablarle.

Apartóse entonces de la corte con tristísimos augurios, y encaminóse directamente, sin entrar en Madrid, á su país natal, Córdoba, donde falleció á los pocos meses, en la tarde del 23 de Mayo de 1627, siendo sepultado honrosamente su cadáver en la capilla de San Bartolomé, en la catedral, panteón de la ilustre familia de Góngora.

Era D. Luis de Góngora y Argote, como representa el excelente retrato que publicamos en la pág. 129 (copia del cuadro de Velázquez, el gran pintor, que existe en el Museo del Prado con el núm. 1.085), hombre de rostro moreno, enjuto, de angulosas facciones; sus ojos, pequeños, vivos, inquietos, reflejaban la agudeza, y también la malignidad de

su espíritu; su expresión adusta, más que severa, no estaba formada por las líneas rugosas de la vejez, sino por el desden y el desagrado, por los disgustos y las contrariedades de la vida.

Á su dureza de carácter, que se aumentó con los años, debió Góngora su modesta posición en la corte, donde su talento y la influencia de los valiosos amigos de su familia le ofrecían destino más alto: siempre fué pobre; nunca logró vivir con desahogo; consérvanse varias suyas en la Biblioteca Nacional, dirigidas á varios caballeros, en las que se lamenta de la escasez de sus recursos, y pide indirectamente algún dinero para atender á la necesidad más apremiante de la vida: la subsistencia.

Durísimas palabras ha dedicado el Sr. Rosell al autor de *Polifemo* y las *Soledades*, contemplando otra copia de ese retrato que nos legó el pincel de Velázquez, á petición del ilustre Francisco Pacheco, autor del *Arte de la Pintura* y suegro del gran artista.

«Si el semblante (dice el malogrado académico) es espejo del alma é indicio del carácter de las personas, confesemos que el retrato no excita grandes simpatías en favor del sujeto que representa. La aspereza del ceño, la severidad de la mirada y la rigidez de la boca denotan condición dura, genio adusto y desapacible, y cierta expresión de malquerencia y envidia, como de hombre que, descontento de sí, hace recaer su despecho en el crédito ó prendas de los demás. Así era D. Luis de Góngora: envidioso, maldiciente y calumniador....»

Durísimas, en verdad, son estas palabras, y no todos los críticos literarios han tratado así á D. Luis de Góngora y Argote, ni aún sus mismos enemigos.

o o

El *Culteranismo*, ó sea «el estilo de hablar culto afectadamente», según la definición moderna de la Real Academia Española, fué fundado en España, en el siglo de oro de nuestra literatura, por D. Luis de Góngora: así pudo escribir con razón el poetaastro coetáneo D. Félix de Arteaga, ó bien el P. Paravicino, aludiendo al autor de las *Soledades*:

«Hijo de Córdoba, grande,
Padre mayor de las Musas,
Por quien las voces de España
Se ven, de bárbaras, cultas.»

y así ha podido decir terminantemente el Sr. D. Adolfo de Castro, docto y discretísimo ordenador de la colección de *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII* (tomos XXXIV y XLII de la *Biblioteca de Rivadeneyra*) que «Góngora fundó la secta de los llamados *cultos*»; secta que bautizó con aquel nombre, en sus primeros tiempos, el humanista Bartolomé Jiménez Patón, y que confirmó poco después con igual nombre, en los últimos versos de una octava, el Fénix de los Ingenios.

Pero surgió en el siglo último, aunque era ya llamado *gongorino* el «estilo de los que hablan culto afectadamente», la magna cuestión de precisar con exactitud el origen verdadero del *culteranismo*.

Unos críticos, siguiendo la opinión del correcto hablata D. Ignacio de Luzán, consideraron desde luego á D. Luis de Góngora como autor ó introductor de aquel estilo en nuestra patria, y cuando más, atribuían un pequeño tanto de



DON LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE.

CUADRO DE VELAZQUEZ, EXISTENTE EN EL MUSEO DEL PRADO. — (Núm. 1085 del *Catálogo*.)

culpa en el asunto al marqués italiano Virgilio Malvezzi (autor de varias relaciones históricas de sucesos memorables acaecidos en España), sin pararse á reflexionar que este último escribió su libro en 1630, más de tres años después de la muerte del autor del *Polifemo*; otros, quizá partidarios vergonzantes de Góngora, culparon á D. Diego Saavedra Fajardo, el concienzudo autor de *Empresas políticas y República literaria*, y al vate sevillano D. Juan de Jáuregui, el traductor del Tasso, con su ampulosa versión del poema la *Farsalia*, siendo así que uno y otro fueron también posteriores al poeta cordobés, en algunos años; opinión singular por lo extraña y equívocada, ya en el siglo corriente, fué la de D. Francisco Martínez Marina, autor de la *Teoría de las Cortes*, quien acusa de primeros cultos, en la centuria décimasexta, al P. Juan de Mariana, por el estilo campanudo de las artificiosas arengas y elocuciones que puso en boca de personajes históricos, y al mismo autor de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, por los vocablos castellano-latinos con que esmaltó ligeramente la florida prosa de su *Galatea* y los giros inversos y oscuros, «nunca hasta entonces usados», que empleó en su obra postrera, *Trabajos de Pérsiles y Sigismundo*.

No hay para qué citar otros críticos que evocan los nombres de Séneca y Lucano, fantaseando á su gusto por los dilatados espacios de la antigua literatura latina.

La singular opinión de Martínez Marina, rechazada en el acto por la crítica sensata, sin más que atenerse á la lógica inflexible de los hechos, fué causa y motivo de que ganára autoridad en breve tiempo otra opinión posterior, emitida á la vez por algunos hombres doctos: la que señalaba como introductor, no inventor, del culteranismo en España al jóven y malogrado poeta D. Luis de Carrillo y Sotomayor.

Fué este poeta natural de Córdoba, como su tocayo D. Luis de Góngora y Argote, y nació, según se cree, hácia el año 1582; era hijo de D. Fernando de Carrillo, hombre de mucha autoridad en la magistratura, y presidente del Consejo de Indias; hizole merced el rey D. Felipe III, premiado de sus nobilísimas dotes personales, del hábito de Santiago, confiriéndole la encomienda de Fuente del Maestro, y le nombró luego caballero cuadrado de las galeras de España; falleció prematuramente en 1610, en su ciudad natal, á poco de haber cumplido la edad de veintisiete años.

Pero la opinión de los que han atribuido á Carrillo y Sotomayor la introducción del culteranismo en la literatura patria, es rechazada con indestructibles argumentos por el erudito coleccionador de las poesías líricas de los siglos XVI y XVII, D. Adolfo de Castro.

Porque, si es cierto que las composiciones en verso y prosa, y muy estimables, del malogrado Carrillo fueron publicadas en Madrid, en 1613, y pudieron leerlas é imitarlas los partidarios del estilo culto, que ya entonces eran muchos y notables, será preciso tener en cuenta que ocho años ántes, en 1605, salió de las prensas de Luis Sanchez, en Valladolid, el libro titulado *Flores de poetas ilustres de España*, en cuyas páginas puede leer el curioso hasta treinta y seis composiciones líricas de Góngora, algunas de las cuales son verdadero modelo de alambicados conceptos, de giros tortuosos, de ridículas trasposiciones, de culteranismo.

Y aún se debe añadir que la censura y aprobación de ese libro datan de 1603, y no es aventurado suponer que el or-

denador ú ordenadores (pues parece que fueron varios) de *Flores de poetas ilustres* tuvieron en su poder los materiales desde algunos años ántes; por manera que Góngora escribió las composiciones aludidas cuando el poeta Carrillo y Sotomayor no había llegado á la edad de cuatro lustros, y no pensaba de seguro en dar lecciones de estilo culto á quien ya era maestro en la jerga culterana.

Mejor será, en mi concepto, suponer lo contrario: que el jóven é impresionable Carrillo, cordobés, como Góngora, estudiára é imitára el arte de «hablar culto afectadamente» en las poesías de su paisano, y tal vez su amigo.

El primer introductor del culteranismo, no hay que dudarlo, fué Garcilaso de la Vega: basta leer cualquiera de sus *Canciones* y *Églogas* para hallar vocablos tan nuevos y verdaderamente afectados como *rigida nieve*, *corusca*, *madosa*, *árdua vía*, y otros muchos semejantes, y también incomprensibles trasposiciones, por lo violentas, cual la que se observa en este verso:

«Entre la humana puede y mortal gentes.»

Imitó á Garcilaso el sevillano Herrera, el divino Herrera, el inspirado y grandilocuente cantor de la batalla de Lepanto, que tiene frases como éstas: *crecspas ondas*, *planta voladora*, *tiempo cano*, y otras; y catorce años ántes que Góngora, quien copió mucho de Herrera, hasta versos enteros (tres menciona, de primera intención, el erudito literato don Adolfo de Castro), había escrito el Dr. Agustín de Tejada Paez, en su canción *Á la Armada Invencible*, voces tan peregrinas y cultas como *argenta con espuma*, *subro plato*, *gélido inglés*, *corusca llama*, etc.

Góngora, no sólo se propuso imitar á Garcilaso y á Herrera, según dice el tantas veces nombrado Sr. Castro, sino sobrepasarlos, vencerlos, eclipsarlos: no le faltaba talento, ni tampoco afanoso desea, que tal era la condición principal de su carácter; faltóle, empero, el buen gusto, aquel buen gusto que se refleja en sus primeras composiciones poéticas, y que se malcó al principio, y luego se corrompió del todo en presencia de la cruda guerra que sostenían hácia muchos años los *conceptistas* y los *cultos*.

Por lo demás, no fué el culteranismo un vicio propio y exclusivo de la literatura española en los siglos XVI y XVII: ya hemos citado el *langage précieux* de los franceses, que desterraron los Corneilles y Molière; en Inglaterra, años ántes del gran Shakespeare, se extendió inmensamente el *euphuismo*, inventado por Lilly y sostenido con mal éxito por Gibbert de Colwey; en Italia, aunque prescindamos del marqués Virgilio Malvezzi, hácia la época en que Góngora escribía en su *Polifemo*

«Oides grate el mundo al verso culto.»

el gran poeta napolitano Juan Bautista Marini, amigo y discípulo del Tasso, protegido del cardenal Pietro Aldobrandini, y luego de la reina Maria de Médicis, publicaba su famoso poema heroico *Adonis*, tan detestable por su forma esencialmente culterana, como notabilísimo por su argumento, su acción, su vida.

»»»

Horrible, implacable guerra de sátiras y crueles inyectivas se hacían sañudamente los partidarios y los enemigos del cul-

teranismo: al lado de Góngora estaba el Conde de Villamediana, D. Juan de Tassis y Peralta, el de los *amores reales*, que había de morir tan desastrosamente en la calle Mayor, frente á los portales de Manguiteros, al anochecer del 21 de Agosto de 1622; el Dr. Cristóbal Suarez de Figueroa, autor de *Constante Amarilis*; el abad de Rute, Salas, Villar, Vazquez Ciruela, y otros ingenios; y al frente de los adversarios del poeta cordobés figuraba Lope de Vega, que se burló del culteranismo en no pocas letrillas y composiciones varias, como el conocido soneto que termina de este modo:

«¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciéndote?
—Y como que lo entiendo.—Mientes, Fabio;
—Que soy yo quien lo digo, y no lo entiendo.»

Y antes que Lope había dicho el poeta antequerano Pedro de Espinosa, capellan del Duque de Medina-Sidonia y rector que fué después del colegio de San Ildefonso, de Sanlúcar de Barrameda:

«Tú, mirón, que esto miras, no te espante
Si no lo entiendes; que aunque yo lo hice,
Así me ayude Dios, que no lo entiendo.»

Góngora, preciso es confesarlo, era el primero, el más osado, el más cruel y mordaz en aquella guerra de sátiras, de la cual hoy apenas se puede formar idea exacta.

Citaré, para muestra, dos composiciones inéditas, que se conservan originales en la Biblioteca Nacional.

En un soneto apostrofa á Lope y á sus secuaces de la siguiente manera:

«Patos del aguachirle castellano
.....
Pisad graznando la corriente cansa
Del patrio idioma.»

Véase ahora esta quintilla:

«Dícenme que hace Lopicó
Contra mí versos adversos;
Pero si yo versifico,
Con el jaco de mis versos
Á ese Lopicó, lo piteo.»

También ha tenido Góngora acerbos enemigos entre los críticos extranjeros: un autor francés le llama «espíritu vano y fantástico, aturdido, licenciado, impotente para seguir las huellas de sus maestros», y añade que «se puso á silbarlos y á combatirlos á todo trance, atreviéndose á soñar que iba á destronar la verdadera grandeza y la verdad, á fuerza de extravagancia y precocidad indigna.»

Tan duras é injustas son estas palabras como las del académico Sr. Rosell, que dejamos copiadas.

Góngora, sin embargo, ha tenido entusiastas pungeristas.

El mismo Lope de Vega dice de él que «su ingenio es el más raro y peregrino que ha conocido en aquella provincia» (Córdoba); Saavedra Fajardo lo llama, en su *República literaria*, «requisbro de las Musas y corifeo de las Gracias»; el sabio historiador Cascales le denomina «ingenio divino», y «cisne que más bien ha cantado en nuestras riberas»; D. José Pellicer y Tobar, su contemporáneo y comentarista, le saluda

como á príncipe de los ingenios españoles, comparable á Pindaro de los griegos; el docto y recto P. Ferrer de Valcubro, en su *Templo de la Fama*, le coloca al lado del autor de *Jerusalén libertada*, el inmortal Torcuato Tasso, y dice que «si igualaran á los versos los asuntos, había de tener mejor lugar que Homero.»

Copiaré íntegro el juicio crítico de Góngora que ha escrito el Sr. Castro en el tomo XXXII de la *Biblioteca de Autores Españoles*, edición Rivadeneyra:

«Góngora, en mi opinión, ha sido muy mal juzgado por los críticos. Tenía más vehemencia y estilo poético que Fernando de Herrera, si bien era menos erudito.

»Indudablemente es el primero de los poetas españoles; ninguno, cuando Góngora va por el camino del buen gusto, le aventaja en genio; ninguno, aun en las obras en que parece abandonado, tiene rasgos más sublimes y más brillante color poético. En el *Polifemo* y las *Soledades*, poemas que han sido execrados, más por el nombre y el odio antiguo que por la lectura juiciosa y desapasionada, se hallan pasajes que honrarían á los poetas más famosos de cualquiera de los siglos de cualquiera de las naciones.»

EUSEBIO MARTINEZ DE VELASCO.



LA TORRE DE GALATA, EN CONSTANTINOPLA.

«LA PINTURA DE HISTORIA Y LA DE GÉNERO.»—(CUADRO DE FONTANA.)



EL CÁNTICO DE LOS GRADOS.

Alzaré los ojos sobre los montes,
de donde me ha de venir el socorro.

Salmo, 121.

Un viejo organista, de esos que nacían en el coro, y, aleccionados por las grandes inspiraciones de sus predecesores, producían en la oscuridad obras maestras, que los devotos ni el clero entendían, dejando ignorados sus trabajos, que, á falta de un aficionado, devoraban los ratones, compuso una pieza sobre el salmo 121, llena de nación y de sentimiento, digna de alabar á Dios.

Sólo fué comprendido por sus discípulos, no por todos, que a'gunos se reían al oírsele y ver cómo las lágrimas caían de sus ojos al tocar aquel cántico de su alma, que con la viva fe que le animaba había creado en la oscuridad de su pobre hogar, iluminado por un hermoso pensamiento, y feliz con la esperanza de otra vida.

¡Dichoso el que, firme en su creencia, halla consuelo á todas las penas y esperanza á todas las desdichas! ¡Dichoso el que, adorando un ideal, halla en él la fuente de nobles pensamientos y de bellas concepciones!

Entre los que aprendían, había un muchacho de doce años, de cráneo elevado, frente estrecha, pero correcta, y ojos soñadores, que escuchaba sus lecciones con religiosa atención, y daba á su voz tal expresión y poesía, que el viejo maestro creíale su mejor discípulo y le profesaba hondo afecto, pagado por el jóven con expresar la admiración que le causaban sus obras favoritas, y el calor con que le defendía de las burlas de sus compañeros.

Hijo de una familia poderosa, al morir el padre vióse ésta reducida á un modesto pasar mientras se fallaban los pleitos que aquél había dejado.

Aceptó el hijo la situación con paciencia, y consintió en formar parte de aquella juventud bulliciosa, que aprendía los secretos de la música del viejo organista de la catedral.

Las voces, dulces unas veces y vigorosas otras, del órgano conmovían hondamente su espíritu juvenil, ansioso de emociones, en el que toda la vida había de influir la pasión, gérmen de grandes goces y de grandes desventuras.

Cuatro años bastaron para que el niño de coro se transformase en un cantante que conmovía el ánimo y excitaba la fe de los creyentes ménos entendidos, rindiendo su ignorancia al encanto de la voz humana, que, cuando llega al alma, triunfa de todas las armonías de la naturaleza y del arte.

El viejo maestro encargábale de sus más queridas obras, y le amaba como á su salvador, llenándole de bendiciones y regalos que su pobre sueldo consentía.

— El día que tú me dejaras, no escribiría yo más. ¿Cómo encontraría otro como tú? ¿Quién daría á mis melodías su expresión, su sentimiento, su pureza? —decíale un día, estrechándole entre los brazos.

Este presentimiento no tardó en ser un hecho; la madre del cantor ganó un pleito cuantioso, y Cecilio vióse convertido en un hombre poderoso, que ya no necesitaba del canto, y atraído por los goces de la vida que la riqueza le presentaba con espléndido atavío, más bella en la poderosa imaginación de aquel que, creyéndose desheredado, hallaba la fortuna en su camino.

Viendo á su madre tranquila, libre de la pobreza y dichosa, á no ser las tiernas lágrimas que la hacían verter los continuos recuerdos del hombre que fué amante y fiel esposo, y padre idólatra de sus hijos; mirándose vestido con lujo y sin llevar los zapatos que cubrieron sus piés, y él había colocado á la cabecera de su cama, como recuerdo á las privaciones sufridas, que debían ser gérmen de oraciones fervientes en gracias de los bienes recobrados, buscó en los placeres legítimos modo de completar su educación y conocer el mundo. Proyectó un viaje por Europa, idea acogida con aplauso por su madre, y los preparativos se hicieron rápidamente.

El día ántes de marchar, acordándose de su maestro, fué á despedirse de él. Encontró al viejo compositor anonado por inercia y viejo por la tristeza que en su rostro y en sus ideas dejaba escapar en la conversacion. Después de contarle sus padecimientos y la soledad que encontraba en su alma desde que le había abandonado; cómo las ideas huían de su inteligencia, á semejanza de las aves que abandonan el nido, y que obstinadamente llamaba al entusiasmo en su ayuda, sin conseguir gozar de su aliento creador.

— ¿Te acuerdas del cántico de los grados?

— ¿Cómo he de haberlo olvidado? ¡Cuántas veces resuena en mis oídos! ¡Cómo conmueve mi corazón y me hace recordar mi niñez, y la primera vez que canté en una fiesta vuestra obra más inspirada!

— Tú dejas esta tierra por largo tiempo, y yo no te volveré á oír, porque no viviré á tu regreso; que Dios querrá darme descanso; de esta vida oscura, todo el trabajo no produce, y la gloria es un fantasma. ¿Quieres hacerme el último favor?

— No piense V. en esas cosas.

— Bien, no pensaré, ó al ménos no hablaré de ellas; pero ¿quieres complacerme?

— Con toda el alma.

— Vamos á la catedral, y canta, para mí solo, esa inspiración, que el cielo me envió para desvanecer mi tristeza y para que tú la cantases.

— Maestro, no estaré en voz, y pasará un mal rato.

—No lo creas. Tú cantarás bien, porque te recordará tus días de desdicha hoy, que eres feliz, y porque te la acompañaré yo, que te quiero como un padre, ¡qué padre! más, mucho más. Tú has sido el alma de mi inteligencia y la alegría de mi vida. ¿Cómo no te he de querer? ¿Cómo podré olvidarte?

Y sus ojos se fijaban en Cecilio con una expresión de cariñosa ternura, que éste no pudo resistir una emoción profunda.

—Vamos, pues — contestó a su vez — haré un esfuerzo y al final me daréis un abrazo, como en aquellos buenos tiempos.

—Que ya no volverán, por mi desdicha.

—Dejémonos de tristezas; á la obra.

El maestro se sentó ante el órgano, y ordenó al sacristán que diera aire al instrumento.

Comenzó la introducción con mano nerviosa, haciendo temblar las notas y transmitiendo á la frase la emoción de que estaba lleno su espíritu.

Cecilio comenzó; su voz, robustecida por la juventud, había adquirido más claridad y más potencia. Desde las primeras notas, el maestro cerró los ojos y se concentró en sí mismo, para gozar el placer que creía el último de su vida.

Las almas nobles se transmiten sus sentimientos, consiguiendo la que las recibe reflejadas, consolar el dolor ó compartir el entusiasmo.

El rostro del maestro tenía la expresión de un justo que, después de la muerte, conserva la esperanza del cielo y la paz de un alma pura. Cecilio sintió transmitirse á su corazón aquel sueño de un sér desdichado, al que la suerte concedía unos minutos de felicidad; y lleno de piedad por él, conmovido por su cariño, su canto adquirió la voz de los ángeles, y la piedad, llenando su alma, prestóle sus dulces consolaciones, que hacen del hombre un discípulo del Cristo.

Al oír la realidad, más bella que su abstracción, abrió los ojos, fijándolos en el joven, con la luz de la alegría y el fuego de la admiración.

Al llegar á la última estrofa, exclamó con dolorida voz:

—¡ Ya se acaba!

Cuando sonaron los últimos acordes del final, el viejo maestro dejóse caer de rodillas, y con las manos levantadas al cielo y los ojos inundados de lágrimas, exclamó con voz balbuciente:

—¡ Gracias, Señor, que me has dado esta alegría! — Y permaneció en oración algunos minutos, hasta que se levantó, y arrojándose en brazos de su discípulo, le besó en la cabeza, diciéndole:

—Tú vienes del cielo, y al cielo volverás. Sólo allí los querubines pueden cantar contigo ante el trono del Omnipotente.

— Maestro, ¡os habeis hecho poeta!

— En algún día el amor me inspiró; pero faltaba á los versos la majestad de la armonía, y dejé la rima porque no llenaba mis ideas y mis gustos. Pero no hablemos de esto. Con que, ¿te vas?

— Mañana al amanecer.

— ¡ Tan pronto!

— Antes volveré.

— Sí, vuelve pronto; acuérdate de mí, que tanto te quiero, y recuerda que en ti está mi dicha. Y si no existo cuando tú vuelvas, busca mi sepultura, y pidiendo á Dios gracia

para mi alma, canta en voz baja mi obra querida. Mi espíritu acudirá al llamamiento, y yo estaré á tu lado aunque no me veas.

— Maestro: es necesario que venzáis esa excitación que padecéis; huirá ante la salud del cuerpo, y cometéis un crimen al entregaros á negros sueños, en vez de producir nuevos trabajos, que os devuelvan la alegría y borren de vuestra imaginación tristes presentimientos. ¿Quién sabe si vuestra gloria depende de los trabajos de la edad madura, en la que el juicio está formado?

— Yo seguiré tu consejo; pero esta vida me ahoga, siento que las fuerzas me abandonan, y he perdido el amor á la existencia, que todos los hombres tienen.

— Ese es el momento de luchar. Si no cumplís mis deseos, yo os juro que no vendré á cantar á vuestra sepultura, porque el hombre débil que se entrega al dolor no merece la compasión, por haber anulado esa potencia que se llama voluntad, que hace al hombre superior á sí mismo, y es el germen de honrados trabajos y de empresas gigantescas.

El viejo músico se arrojó en brazos de su discípulo querido, diciéndole:

— No creo tu amenaza. Muerto yo, no me negarás ese consuelo, y yo haré esfuerzos para cumplir tus deseos, componiendo una obra dedicada á ti.

— Entregádsela á mi madre, y ella me la enviará donde esté. Y adiós, maestro, hasta la vuelta.

Abrazáronse otra vez, y Cecilio dejó en el coro al anciano, que, desde una alta ventana, le vió alejarse con amarga sonrisa, murmurando:

— ¡ Hasta la vuelta!....

El joven emprendió su viaje, deteniéndose en Toledo, y recorriendo Granada, Salamanca, Alcalá de Henares y otras poblaciones, cuyos recuerdos y preciosidades las han hecho célebres. No quería salir de España sin conocerla, para no asombrarse injustamente y menospreciar la patria. Las floridas costas de Almería, la dramática naturaleza de Aragón y Galicia, los verdes prados, las altas montañas y peñas en que se estrella, formando una armonía salvaje, el mar que baña las Asturias, los sagrados monumentos de Leon, Salamanca y mil más, el fantástico y alcatado palacio de la Alhambra, prodigio de un arte que murió, privándonos de la historia de aquel pueblo, sin igual por la fantasía, al quemar la biblioteca árabe de Granada los conquistadores de aquel paraíso, y haciendo odioso el nombre de un rey valiente y sabio, pero desgraciado.

Todas estas bellezas, todos estos grandes recuerdos, que sintetizan al pueblo que poscía la fe del Cristo, y hoy ha alzado altares al becerro de oro, allanando monumentos que eran el testimonio de nuestras glorias, arrojando los religiosos de su asilo, donde encontrando el pobre, no sólo alimento, sino hogar barato, y á veces sin precio, para llenar las gavetas de cien miserables incapaces de dar una limosna. Y convirtiendo aquel pueblo en un montón de pordioseros, cuyo trabajo sirve para gabelas y coches. Todas estas bellezas penetraron con su luz inmortal en el espíritu del viajero y levantaron su juicio.

En Francia admiró el adelanto de la industria y el patriotismo ardiente que animaba á todas las clases, hoy converti-



EXCMO. SR. D. ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ,
INSIGNE AUTOR DRAMÁTICO.

Nació en Chiclana (Cádiz), en 1812; † en Madrid el 26 de Agosto de 1884.

do en infames doctrinas que predicaban como virtud el crimen y la inepticia de los que ha llevado á los escaños de los cuerpos legisladores la multitud, seducida por la idea socialista, que ha usurpado el título, puesto que es la negacion de la sociedad.

En Prusia, regida por un despotismo militar, pudo ver un rasgo que consagra la unidad de todos sus habitantes: todos son soldados de la patria, divididos en grupos por edades, y todos tienen la obligacion de batirse por la independencia del país, sin que falten, como en todo el mundo civilizado, hombres ambiciosos, que inventan una doctrina para hacer sobre ella el pedestal de su fortuna.

Y en todas partes el vulgo arrastrado por dioses de barro, los hombres serios encerrados en su estudio, buscando la verdad, y el obrero ganando con un rudo trabajo lo que un poderoso ferrocarril un millon de veces en el día.

No le parecía el mundo tan bueno como lo habia soñado, y contemplando con admiracion las maravillas de la naturaleza, buscaba en vano en ella lo que él sentia; la pasion, la idealidad de que estaba lleno su espíritu, y contrastaba con la ciega obediencia con que los árboles se desprendian de sus hojas, las flores dejaban secar sus pétalos y las rocas se desmoronaban al implacable azote del viento. La humanidad parecia un compuesto de seres egoistas, para los que en muchos era odiosa la fortuna ajena, y la ambicion vencía á la caridad, no sin que algunas almas escogidas llevarán dentro de sí toda la bondad, toda la ternura de las doctrinas del Mártir del Gólgota.

Faltábale ver la patria del arte, allí donde el Coliseo aun deja imaginar su anchura y calcular sus escalones, donde un pueblo numeroso aplaudia la muerte del mártir ó la estética figura del gladiador, al caer en la arena para no levantarse más. Faltábale ver los monumentos formados con la dura piedra á la que el genio ha dado forma en honor de la fe, y de aquella religion inmortal, que una vez á la mañana y otra á la tarde cantaba medio mundo, al ver aparecer el sol fructífero despidiéndole con un himno melancólico al llegar al ocaso. Faltábale ver aquellas obras del hombre en que los pintores han logrado vislumbrar la divinidad, tomando un rasgo del rostro purísimo de la Madre de Dios, ó la expresion del *¡Eli, Eli, lachma sabotani!*, pronunciado en la Cruz por el Mártir de la verdad.

Tomó el camino de la tierra florida, esperando encontrar en ella algo que satisficiera su apasionada fantasia, y atravesando el mar, cuyo poder indomable pudo apreciar en la tormenta, que levanta las olas al cielo y da al monstruo la voz de la desolacion, venciendo al sol esplendoroso las ténues nubes que, apretadas y unidas como las masas de un pueblo que se rebelan contra su rey, lograban vencer al astro de fuego. La noche fué despues cómplice de la rebelion, y sólo al despuntar la mañana, las negras nubes rompiéronse de pronto, abriendo paso al cielo azul, donde empezaba á lucir el sol, tíñendo de dorados dibujos el contorno de las fugitivas.

La encantada luz de una mañana de primavera, pintada de mágicos colores la costa privilegiada, donde nacieron el Dante y Galileo. Pareció al viajero el brillante espectáculo del espléndido paisaje y la huida acelerada de las nubes que resbalan por los aires desliziándose apresuradamente, anuncio de felicidades, y su alma se saturó de alegría.

El ligero carruaje que le conducía caminaba á buen paso

por una calle de álamos blancos, ya desnudos de su corteza, cuyos troncos azulados, salpicados de manchas rojizas, daban al camino un aspecto fantástico.

Cerca ya de la ciudad, una preciosa villa rodeada de aristocrática vegetacion y oculta entre un bosque con enredados caminitos, donde los pájaros se enamoraban, pudo distinguir Cecilio una mujer recostada en el respaldo de la mecedora en que se columpiaba lánguidamente, dejando al aire jugar con la gasa de su vestido blanco y con sus rubios cabellos, que perfumaba con los aromas del jardín.

La hora, la predisposicion que llevaba y su fantástica imaginacion impresionáronle vivamente. En efecto, el cuadro era digno de un gran pintor. Tenia la poesia y el color, que son las grandes condiciones hoy de los maestros.

Profundamente preocupado por aquella impresion, preguntó al cochero de quién era la finca, á lo que le contestó: — *Questa villa è d'una signora vedova, la comtesa de G... Non l'avete veduta nel giardino?*

El viajero contestó afirmativamente y no habló una palabra más, aunque el hada de aquel paraiso no se borró un momento de su imaginacion.

Una larga historia de amor pudiera hacerse, si tantas no se hubieran hecho, pero basta á mi relacion condensar cómo Cecilio decidió casarse con la Condesa.

Experta y harto maestra en las luchas de amor, la coqueta fué su arma favorita, excitando un día la esperanza, usando otros el desden, sosteniendo la duda en aquel joven incapaz de mentir, y en quien el amor era la confianza y la adoracion. Un rival, de quien algunas veces tuvo celos con causa, hacia mayor su tormento, sin que la locura le dejara ver que no era aquella la mujer que habia de hacerle feliz, y que la espléndidez y la riqueza atraian su cariño más que la fuerte cadena de la recíproca simpatia. Mortificado, y cada vez más ciego, tomó la determinacion de pedir su mano y solicitar la licencia de su madre, que idolatrando á su hijo, y sin verdadero conocimiento de las condiciones de la elegida, le concedió á vuelta de correo.

Comenzaron los preparativos; Cecilio estremó su cariño, y ya fijado el día de la boda, hallándose á solas con su prometida, la pidió un beso. Mostróse ruborosa y tímida, pero cedió al fin. El joven creyó ver el cielo y la bendijo mil veces.

La vispeja de la boda estuvieron juntos paseando por el jardín y se despidieron con palabras dulces y protestas tiernas.

Parecióle poco al enamorado, y á las nueve de la noche regresó á la villa, dejando el caballo en una posada cercana, y se dirigió á la quinta.

La noche era clara; los misteriosos ruidos del bosque se esparcian con encanto, y Cecilio los oía con placer, como si cantáran su felicidad, y queriendo gozar aquella impresion, tomó un camino de rodeo, pensando en su próxima dicha, meditando frases de amor y soñando dulces caricias y ardientes desvarios.

Embebido en este sueño siguió el camino, cuando á través de los árboles vió una vision blanca que caminaba pausadamente.

— ¡Es ella! — exclamó. — ¡Acaso piensa en mí! Voy á sorprenderla con un abrazo.

Y fué avanzando cautelosamente. Detívose de pronto, dando un paso atras. Al lado de la vision blanca la silueta negra de un hombre se ve en la sombra. Cecilio le reconoció.

Era su rival. Siguió con paso apenas perceptible, y al llegar á cerca de la pareja oyó el ruido de un beso. Como el león contra su enemigo saltó una valla de boj que le separaba de ellos, y loco, con la vista encendida, implacable como la hiena, llegó hasta la mujer, y alzando su mano sudosa, la dejó caer sobre la mejilla de su prometida, que dió un grito.

El amante vino sobre el joven, y éste señaló también su rostro, haciéndole derramar sangre.

Los dos hombres entablaron una lucha á muerte; pero Cecilio llevaba la ventaja. Él era el ofendido, el celoso, y la indignación multiplicaba sus fuerzas.

Los gritos de la Condesa, que se espantó de aquel combate, llamaron gente, y pudieron por fin separarlos.

—Veremos si con la pistola sois tan fuerte como con los puños—dijo con sonrisa irónica el amante, limpiándose el rostro cubierto de sangre.

—No tenteis á Dios—replicó Cecilio.—Si nos batimos, os mataré.

—¿Queréis causarme temor ó teneis miedo?

—Miedo tienen los infames y los traidores. Yo soy un caballero.

—Mañana lo veréis.

Cecilio se volvió buscando á la Condesa.

La Condesa había huido, encerrándose en su gabinete, y maldiciendo allí á Cecilio, y pidiendo á Dios que muriese en el duelo. ¡Justo deseo!

Dos días despues, que fueron necesarios para arreglar las condiciones del lance, tuvo éste efecto.

Cumplidas las cortesias de ordenanza, el amante, á quien tocó disparar primero, hizo fuego sin resultado. Cecilio contestó. Su contrario dió un salto y cayó al suelo. Acudieron los padrinos, y Cecilio corrió para pedir perdón al herido, pero fué vano aquel rasgo. La bala había penetrado en el corazón y la muerte fué instantánea.

El matador palideció, inclinóse con ansiedad sobre el cadáver, abrió sus ojos, y al convenirse de que estaba muerto alzóse, expresando en el semblante el terror. El alma noble que le animaba sentía como si la sangre que bañaba el pecho del muerto y la blanca arena cayese sobre su corazón.

Despidióse con triste gravedad de los padrinos y tomó el carruaje para regresar á la capital. Pasó el día sumido en una profunda abstracción, que acusaba el remordimiento combatiendo con la razón, y queriendo buscar consuelo, tomó la pluma y escribió una larga carta refiriendo á su madre el engaño de que había sido víctima, y el triste desenlace del duelo.

«Tengo sangre en las manos, y todo lo veo rojo. ¿Cómo estrecharé la mano de un cristiano, ni la tuya, ¡madre mía! sin oír el grito del que privé de la vida, para la que sólo Dios tiene poder?»

«Mis largos viajes me han enseñado mucho, y el último golpe me ha lacerado el alma. Creo que no he nacido para luchar con el mundo, y siento una atracción irresistible á la paz del convento, que me recuerda mis años de la niñez, cuando mi alma no estaba manchada con sangre de un hombre. El arrepentimiento no me consuela, y mi conciencia me reprocha el porvenir dorado que la fortuna me ofrece, en el que olvidaría mi crimen.»

«Aconséjame tú, que me has dado el juro de tus pechas y la fe que no puedo perder, que yo te obedeceré como te obedecía en aquella edad feliz que cantaba en la catedral.»

La madre leyó la carta con profundo dolor, y le contestó inspirándose en la mayor prudencia, sin combatir los deseos de su hijo, ni condenar el derecho que tenía á vivir con lo adquirido por su padre, y aconsejándole no adoptar resolución hasta pasado mucho tiempo, porque la impresión estaba fresca y no había razón para creerla duradera.

Cecilio obedeció el consejo de su madre, y dejando la Italia, regresó al hogar materno, en el que halló la ternura y el cariño, pero no el consuelo de su melancolía. El libro de oraciones era su perpétuo compañero, y un menosprecio de sí mismo era el constante objeto de sus conversaciones. Su madre combatía con dulzura y agudas razones la preocupación, pero no logró vencerla.

La alta idea que había concebido de los deberes del hombre, que le enseñó su padre con el ejemplo, y la honda impresión de la muerte de su rival, que había grabado en su imaginación y en su alma, justificaban el temor de no haber rescatado, al morir, su crimen.

Dos largos años transcurrieron en esta lucha, hasta que la madre desistió de oponerse á los deseos de su hijo. Cecilio entró en un convento de la población, dedicándose al estudio y á la penitencia, sin conseguir borrar de su memoria el desgraciado suceso que era su constante remordimiento.

La soledad y el terror que dominaba á su espíritu sobreexcitado llevóle á un extremo.

«La vida no se paga más que con la vida. El suicidio es la condenación, pero yo puedo buscar la muerte, cumpliendo altos deberes. Iré á predicar la religión de Cristo á esos países salvajes, donde aún no ha penetrado la luz de la verdad, y ¡quién sabe si Dios me concederá una muerte gloriosa en su servicio!»

Ni los ruegos de su madre, ni los medios que intentó para lograr que desistiera de la idea, fueron bastantes á convencerle, y se embarcó para África, incorporado á una misión. Antes de salir, quiso despedirse de su viejo maestro. Entonces supo que el desgraciado organista gozaba ya del reposo eterno en sepultura ignorada.

Partió con el desconsuelo de no haber cumplido su promesa, y cuatro años empleó en propagar la fe, consiguiendo atraer al rebaño de Cristo muchas familias, y animado por el éxito, decidió internarse en el país, hasta entonces no explorado.

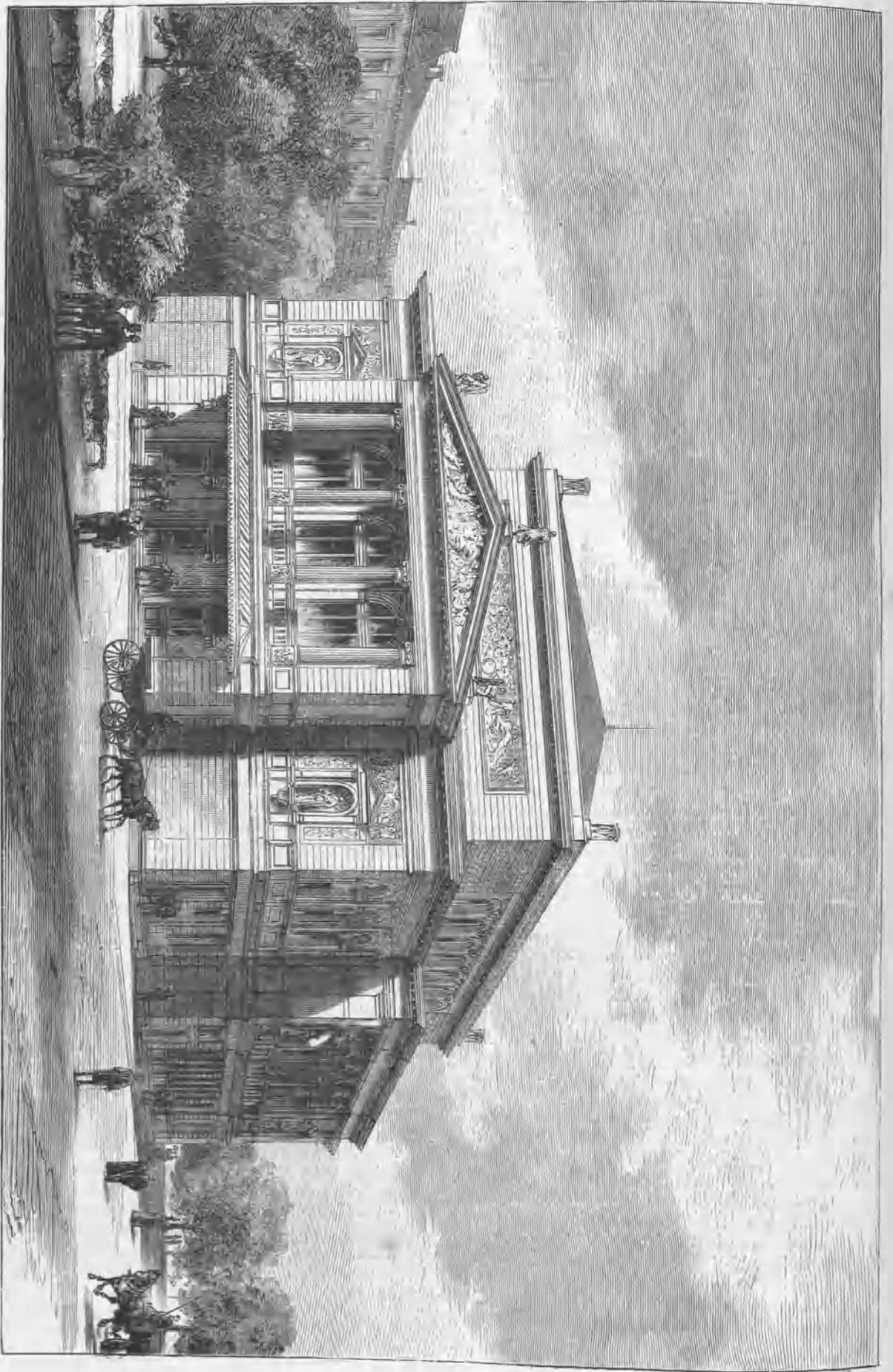
Los deberes de su misión habían borrado de su memoria la amarga tristeza que le hizo marchar á aquella lejana región, y el ardor cristiano le llevaba á la atroz empresa. Confiado en su buena suerte, internóse en la áspera región, y tres días despues halló un aduar, donde le dieron hospitalidad, pero enterados los habitantes de su misión, unieronse con los de otros y acordaron dar muerte al cristiano. Reuniéronse en grupo y encendieron una hoguera, maltratándole mientras cobraba fuerza la leña. Cecilio comenzó á rezar y dió su despedida al mundo, pensó en su madre, enviándole su bendición, y pidió á Dios perdón por sus errores. Una idea vino á repercutir en su imaginación: la promesa hecha al maestro de cantar en su tumba el «Cántico de los Grados», y entonándolo, con los ojos alzados al cielo, aguardó la muerte.

En la oscura noche los restos de una hoguera iluminaban el aduar.

Cecilio había terminado el cántico, sofocado por el humo y rodeado de llamas.

J. CAMPO ARANA.

LEIPZIG (ALEMANIA). — EXTERIOR DEL «CONCERT-HAUS» (EDIFICIO PARA CONCIERTOS), RECIENTEMENTE INAUGURADO.



EL REY DE LA CREACION.

SONETO.

¡ Su culto es él !; Servil idolatría !
Al afrentoso yugo le condena,
Ó le levanta á la region serena
Donde fulgura el lumínar del día.

Resístese á la ajena tiranía
Y arrastra de sí propio la cadena;
Desdén en altivez la aguda pena,
Y su valor es noble hipocresía.

Al suelo domeñando, al mar hendiendo,
Cautiva á la materia ve en su mano;
Atento solo al mundanal estruendo,

La voz no escucha del medroso arcano,
¡ Y por la vida en el luchar tremendo
Se erige en Dios, para morir gusano !

NILO MARÍA FABRÁ

¡ AMAR LA MUERTE !

SONETO.

— ¡ Quiero vivir !— exclama el espirante
Enfermo, aniquilado en su agonía;
Lucha y relucha con tenaz porfía
Por salvarse, anegado, el navegante.

El reo en el cadalso un solo instante
Intenta retardar su suerte impía.
Es horror de la muerte, la alegría
Que el mundo busca con ardor constante.

Y este afán de vivir, es puro engaño
Para olvidar la inexorable suerte;
El hombre no comprende, por su daño,

Que si el tremendo fin todo le advierte,
Fuera ménos acerbo el desengaño
Viviendo enamorado de la muerte.

MANUEL ORTIZ DE PINEDO.

LA LOCOMOTORA

SONETO.

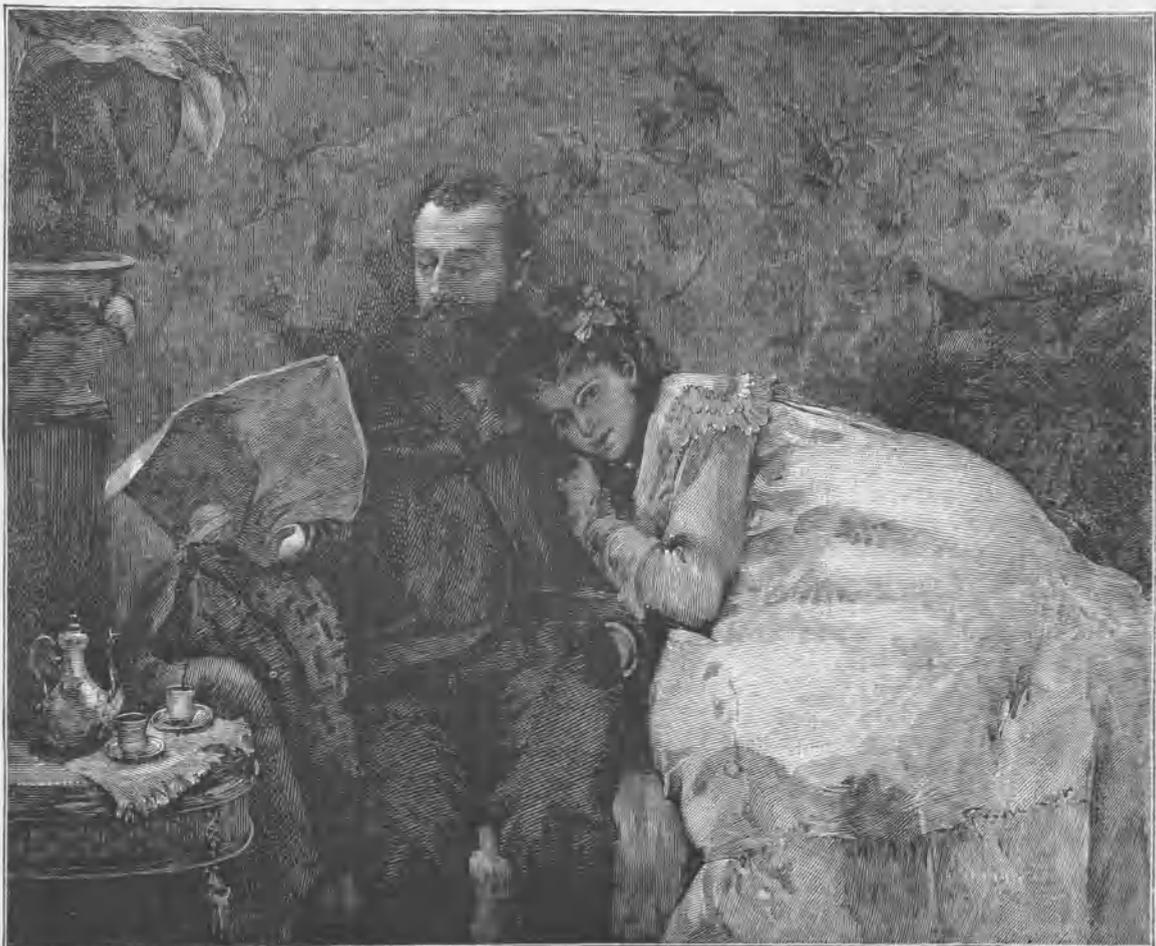
Del sol hermana, y de la noche oscura,
Con el espacio y con el tiempo en guerra,
Los lomos oprimiendo de la tierra,
Avanza majestuosa en la llanura.

Entre el incienso del vapor fulgura
Haces de luz, y con las rocas cierra,
Y se hunde en las entrañas de la sierra,
Buscando allí camino ó sepultura.

Hoy parte de las costas de Occidente;
Mañana del mar Índico en el beso
Irá á templar la enrojecida frente.

Sobre sus alas va el germen fecundo
De la industria, del arte, del progreso....
¡ Paso al soplo de Dios que erupija el mundo !

JUAN CERVERA BACHILLER.



«FELICIDAD CONYUGAL.» — (Escuela inglesa contemporánea).

Á UNA ACTRIZ

(TAN HERMOSA COMO HONRADA).

DEL LIBRO (INÉDITO) «PARA TODAS».

I.

Dios hizo la vida breve,
Y abrevian sus cortos dias
Sistemas y teorías
De conveniencia social.
¿Quién hay ya que exponer ose
La verdad clara y sincera ?
La vida así á su manera
Toma en falso cada cual.

La existencia es un tejido
De anhelos y desengaños :
Instinto y deber los años
Pasan en lucha sin prez;
Y la niñez inconsciente,
La juventud ardorosa,
La madurez recelosa,
Llegan así á la vejez.

Y la vejez, que impotente
La ve por siempre perdida,
Llora al contemplar la vida,
Que deja inútil tras sí,
¡Y esto es á lo que la gente
Llama vivir..... y en la tierra,
Con su propio sér en guerra,
La humanidad vive así!

Hoy, por buena fe ó por cálculo,
Crée que el empirismo es ciencia,
La superstición creencia,
La hipocresía virtud;
Que el naturalismo es arte,
La argucia filosofía,
La cháchara poesía
Y la astucia rectitud.

Dios te dió á par con la gloria
Juventud, Luisa, y belleza.....
¡Que la gloria á la cabeza
No se te suba jamás!
La gloria es ruido que pasa,
Nutrición que debilita,
Agua que la sed no quita,
Sombra de humo, sol de gas.

Jamás harta, siempre anhela
Algo que jamás alcanza :
No vivas tú de esperanza,

No pierdas tu juventud;
Vive, Luisa; el tiempo vuela;
Admirada y aplaudida,
Vive y goza de la vida
En su vital plenitud.

Pues el destino te alfombra
De oro y flores tu camino,
De tu espléndido destino
Acepta la esplendidez :
No equivoques los senderos,
No desperdicies tus años;
Llegar á los desengaños
No dejes con la vejez.

La gloria que embriaga y ciega
Es un narcótico..... en suma :
Procura en lecho de pluma,
Dormida ó muerta, caer :
La gloria es, Luisa, una palma ;
Pero infructifera y seca,
Si en cetro de oro no trueca
Su tallo ruin la mujer.

II.

Mas comprendeme bien, Luisa;
No supongas libertino
Á un viejo que del camino
De su vida está ya al fin :
Escucha de mi experiencia
La verdad sin alarmarte;
No olvides que soy del arte
El último paladín.

Hoy la escena está por tierra
Y el arte prostituido :
Europa entera ha caído
En mercantilismo vil;
Y España, flamenca y chula,
Pasa semanas enteras
Berreando las *peteneras*
Á la puerta de un toril.

Su plebe y su aristocracia,
Con afán de encanallarse,
De salirse y desquiciarse
De su centro natural,

Por descenso bizantino
Bajan al circo taurino
Á aspirar vahos de sangre
Por costumbre nacional.

Con estos de carne cruda
Elementos nutritivos,
Escuela de cuadros vivos
Es la escena teatral;
Y orquesta son de esta escuela
Los bufos de la zarzuela
Y el *patéo* y los *jipios*
Del *flamenco* cantoral.

Si la alegre Andalucía,
Que cantando en Dios se fia,
Fiara en su gracia ménos,
Y en su ingenio y tierra más,
En vez de *guillaböoras*
Y *jipiaores* gitanos,
Sus más grandes ciudadanos
Diera á la patria quizás.

La gracia es el resultado
Del genio y dotes nativos;
Mas da frutos negativos,
Hecha esencia germinal :
La gracia no tiene escuela ;
No es gérmen, sinó atributo :
Ni el *jipio* y la vihuela
Son el grito nacional.

Hoy todo se ha confundido :
La gracia y la desvergüenza
De lo bufo se han fundido
En el roído crisol :
Hoy, por ser todos graciosos,
Nada, audaces, respetamos,
Y la prez menguando vamos
Del carácter español.

Y es la escena, que del genio
Capitolio ser debía,
Gimnasio de griteria,
De la plaza sucursal :
Y el descoco en el proscenio,
La desnudez en la sala,
De echar de ambos se hace gala
Al arte y á la moral.

En este envilecimiento,
La actriz que á su honor atiende,
Es fuerza que se defiende
De cielo y tierra á la par :
Porque el arte así instalado
Hoy, según se paganiza,
Opone é incompatiza
El teatro y el altar.

El arte es griego y pagano,
Idólatra la belleza,
No créa impudor ni torpeza
Su olimpica desnudez :
Y el altar es ya cristiano;
Fuera de hogar, cláustro y templo,
Ni genio, ni héroe, ni ejemplo
Digno de gloria y de prez.

Los héroes del paganismo
La virtud materializan,
Y su virtud sintetizan
Belleza, fuerza y valor;
Mas su fuerza es despotismo,
Forma no más su hermosura,
Brutalidad su bravura;
Bramar de bestias su amor.

Las bases del cristianismo
Son, y con ellas hermana
Á toda la raza humana,
Fe, paz, caridad y amor :
Y la humanidad y el arte
Su espíritu purifican
Cuando el amor santifican
La castidad y el pudor.

¡ Que se avanza y se progresa
En pos del materialismo !
¡ Que en arte, el naturalismo
Absorberá lo ideal !....
Ni lo creo, ni me pesa
Que, olvidado de sí mismo,
Vuelva el arte al paganismo
Plástico, mudo y carnal.

Porque el ideal cristiano
Le elevó desnudo al cielo,
Y para volver al suelo
Alas, alma y fé le dió;
De Grecia al cielo, desnudo
Fué con su belleza sola,
Y al volver, con aureola
Y alas de arcángel volvió.

Aun puede que avergonzado
Huya á la región celeste;
Pero pasará la peste
Material y tornará :
Y la humanidad, purgada
Del virus que hoy la envenena,
Tornará al arte á la escena,
Y el altar la amparará.

III.

Hoy (¡ es una injusta idea
Justamente concebida !)
No pueden compartir vida
El proscenio y el hogar :
Mas escuela de costumbres
Jamás el teatro ha sido;
Su espejo ser ha podido;
Copiar puede, nó enseñar.

No : la moral del teatro
No entra en él con los actores :
Son pueblos y espectadores
Los que imponen la moral :
Y los pueblos decadentes
No pueden ver en su espejo
Más que el deforme reflejo
De su fealdad social.



«NOCHE BUENA.»—(DIBUJO DE WITTIG.)

Y hoy, que sin pudor corremos,
Tras del oro y los placeres,
Desnudas nuestras mujeres
Llevando á la sociedad,
Pedimos..... ¡desvergonzados
É impúdicos moralistas!
Al arte y á los artistas
Pudor y moralidad.

¡Befa y ludibrio! — Filósofos
En mantillas, profesores
Que, anteayer en andadores,
Perorais sin saber qué,
Oíd y aprended primero,
É id luégo á la raza humana
Con fé y caridad cristiana
Á inculcar moral y fé.

Lograd que en vuestras escuelas
Los pueblos meridionales
Sus instintos nacionales
Cambien con rumbo mejor:
Inculcadles que da al hombre,
Dios, anhelos soberanos,
Y que el arte á los humanos
Aproxima al Criador.

Decid á España que olvide
Lo que fué en tiempos de moros;
Que la guitarra y los toros
No dan nacionalidad:
Y que hoy llevan á la gloria
Con impétu de ciclones,
Sobre el rayo á las naciones
Vapor y electricidad.

Y cuando el arte los pula,
Y los eduque el trabajo,
Los de arriba y los de abajo,
Que hoy á los teatros van
Como á las bestias del circo,
Cuanáo el pueblo sepa y crea,
Irán como á una asamblea,
Y á oír y aprender irán.

Entónces creeré en vosotros;
Me alistaré en vuestra escuela,
Y del progreso en la tela
Con vosotros tejeré:
Hasta entónces, yo mis ojos
Tornaré del arte escénico:
No le hay, ni hispano ni helénico,
Sin idealismo y fé.

El arte nació pagano,
Mas la fé lo cristianiza,

Lo exalta y lo diviniza,
De Dios destello hasta ser:
Dad, para que el arte alcance
Sus más grandes proporciones,
Fé y decoro á las naciones,
Y pudor á la mujer.

SÍNTESIS.

¿Crees tú, Luisa, que yo creo
Que las tablas de la escena
No puede una mujer buena
Pisar con honra y virtud?
¿Crees tú que yo no poseo
Secretos de más de cuatro,
Que mártires del teatro
Son desde su juventud?

.....
¿Crees tú, por fin, que no creo
Que, aunque el encono las ciegue
Y la sociedad las niegue
Hasta nicho sepulcral,
Que Dios revoca su fallo,
Su infamia acepta, sanciona
Su martirio y las abona
En su excelso tribunal?

Si, si; mas hoy el teatro,
Que como arte es divino,
Sino pagano, á tal sino
Tiene la actriz que arrojar:
Ó NINFA SOBRE EL PROSCENIO,
ENTRE ANTORCHAS ADOBRADA.....
Ó MÁRTIR POBRE, OLVIDADA
EN EL RINCON DEL HOGAR.

DESPEDIDA.

Adios: *Él* te guie, Luisa,
Por el laberinto oscuro
Del arte, y un aire puro
Te haga siempre respirar;
Yo te alzaré, miéntras dure
Mi vida, que ya es muy corta,
Ninfa ó Mártir, no me importa,
En mi memoria un altar.

JOSÉ ZORRILLA.

(Barcelona, Setiembre 1884.)



BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES CONTEMPORÁNEOS,

PUBLICADA

POR LA EMPRESA DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

(EXTRACTO DEL CATÁLOGO.)

PRECIOS EN MADRID.

- DE D. JUAN VALERA.
- El Comendador Mendoza.—Un tomo, 8.º mayor frances.—2,50 pesetas.
 - Las ilusiones del doctor Faustino.—Dos tomos en 16.º—6 pesetas.
 - Doña Luz (Segunda edición).—Un tomo en 8.º—Pesetas 2,50.
 - Pasarse de listo (Tercera edición).—Un tomo en 8.º—Pesetas 2,50.
 - Cuentos y Diálogos (Primera edición).—Un tomo en 8.º—Pesetas 2,50.
 - Algo de todo.—Un tomo en 16.º—2,50 pesetas.

- Dámas y Cae, por un aprendiz de hebraista.—Un tomo, 3 pesetas.

- DE D. JOSÉ SELGAS.
- Un retrato de mujer.—Un tomo.—2,50 pesetas.
 - Escenas fantásticas.—Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.
 - El Mundo invisible.—Un tomo, 8.º mayor.—4 pesetas.
 - Hechos y dichos.—Un tomo.—3 pts.

- DE D. EMILIO CASTELAR.
- Recuerdos de Italia (Primera parte).—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.
 - Recuerdos de Italia (Segunda parte).—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.
 - La Cuestión de Oriente.—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.
 - La Rusia contemporánea.—Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.
 - Las que ras de América y Egipto.—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.
 - Europa en el último trienio.—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.
 - Historia de 1883.—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

- DE D. PEDRO A. DE ALARCON.
- Amores y amorios (Historias en prosa y verso).—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pts.

- DE D. RAMON DE CAMPOAMOR.
- Pequeñas poemas.—Un tomo.—4 pts.
 - Doloras y cantares.—Un tomo, 7 pts.

- DE D. ANTONIO DE TRUEBA.
- Mari-Santa.—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.
 - Nuevos cuentos populares.—Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.
 - De flor en flor.—Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

- DE D. RAMON DE MESONERO ROMANOS (El Curioso Parlante).
- Panorama matritense (Primera serie de las Joronas), 1832 á 1835.—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.
 - Escenas matritenses (Segunda serie), 1836 á 1842.—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.
 - Tipos y caracteres, bocetos de cuadros de costumbres, 1843 á 1862.—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.
 - Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica, de 1840 á 1841.—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.
 - El Antiguo Madrid, paseos históricos-aneddoticos por las calles y casas de esta villa.—Dos tomos, 8.º mayor frances, con varios grabados.—8 pesetas.

NOTA. De todos los títulos de la BIBLIOTECA hay ejemplares encuadernados, con un aumento de 1, 1,50 ó 2 pesetas por volúmen.

OTRA. Los títulos marcados con * no pertenecen á la BIBLIOTECA, pero pueden adquirirse pidiéndolos á nuestra Administracion, Carretas, 12, principal, Madrid.

- Memorias de un Setenton, natural y vecino de Madrid.—Dos tomos, 8.º mayor frances.—6 pesetas.

- DE D. CESAREO FERNANDEZ DURO.
- Venturas y desventuras, coleccion de novelas.—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.
 - Disquisiciones náuticas.—Un tomo, 8.º mayor frances.—6 pesetas.
 - La Mar descrita por los mareados (Misc. disquisiciones).—Un tomo, 8.º mayor frances.—6 pesetas.
 - Navegaciones de los muertos y vanidades de los vivos, libro III de las Disquisiciones náuticas.—Un tomo, 8.º mayor frances.—6 pesetas.
 - Las Ojas en el cielo, libro IV de las Disquisiciones náuticas.—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.
 - A la mar, madera, libro V de las Disquisiciones náuticas.—Un tomo, 8.º mayor frances.—6 pesetas.
 - El Arca de Noé, libro VI de las Disquisiciones náuticas.—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.
 - Memorias históricas de la ciudad de Zamora, su provincia y obispado.—Cuatro volúmenes de 600 páginas, en 4.º—7,50 pesetas cada tomo.

- DE D. MANUEL DEL PALACIO.
- Letra menuda.—Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.
 - Fruta verde.—Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

- DE D. EUSEBIO BLASCO.
- Malas costumbres.—Apuntes de mi tiempo.—Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pts.

- DE D. ANTONIO FLORES.
- Ayer, hoy y mañana, ó La fe, el cap. y la electricidad.—Cuadros sociales de 1800, 1850 y 1899.—Seis tomos en 8.º—3 pesetas cada tomo.

- DE D. JOSÉ ORTEGA MUNILLA.
- El Tren directo.—Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.
 - Don Juan Solo.—Un tomo.—2 pesetas.
 - La Cigarrera.—Un tomo.—2,50 pesetas.
 - Sot Lucila (Segunda parte de La Cigarrera).—Un tomo.—2 pesetas.

- DE D. A. FERNANDEZ DE LOS RIOS.
- Guía ilustrada de Madrid, con más de 150 grabados intercalados en el texto, y planos sueltos muy importantes, que representan los edificios, paseos y monumentos más notables de la capital.—Un tomo, 8.º prolongado.—6 pesetas rústica y 8 encuadernado.

- DE D. ANSELMO FUENTES.
- Cuarenta siglos. Historia útil á la generacion presente. Este libro ha sido revisado por la autoridad eclesiástica.—Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

- DE D. RAMON DE NAVARRETE.
- Sueños y realidades.—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

- DE D. NARCISO CAMPILLO.
- Una docena de cuentos, con un prólogo de D. Juan Valera.—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

- DE D. JOSÉ FERNANDEZ BREMON.
- Cuentos.—Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

- DE D. EDUARDO BUSTILLO.
- El Libro azul, novelitas y bocetos de costumbres.—Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

- DEL DUQUE DE RIVAS.
- La Leyenda de Hixem II.—El Capitan Morgan.—Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

- DE D. E. DUPUY DE LÔME.
- De Madrid á Madrid dando la vuelta al mundo.—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

- DE D. JULIO MONREAL.
- Cuadros viejos, coleccion de pinceladas, toques y esbozos representando costumbres españolas del siglo XVII.—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

- DE D. VENTURA HIDALGO.
- Adriana de Wolsey, precedida de un prólogo del Excmo. Sr. D. Victor Bulguier.—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

- DEL PADRE RIVADENEIRA.
- Vida de la Santísima Virgen Maria.—Edicion diamante, papel de lilo, adornada con un grabado en acero.—1 peseta.

- DEL PADRE GOMEZ BODELES.
- Vida de Santa Cecilia.—1,50 pesetas.

- DE SANTA TERESA DE JESUS.
- Libro de las fundaciones que hizo en España Santa Teresa de Jesus, conforme al original autógrafa.—4 pesetas.

- VARIOS AUTORES.
- Album poético español, por los señores Marqués de Molina, Hartzenbusch, Campomanes, Calaneo, Bañillo, Arnao, Palacio, Grilo, Aguilera, Nubea de Aves, Koberavaria, Larmig Alarcon, Trucha, Hurtado y Duque de Rivas.—Un tomo, 4.º mayor.—12 pesetas; lujosamente encuadernado.
 - Manual escogido de lecturas religiosas, extractadas de 1 a libros sacros más selectos, compuesto por PP. españoles de la Compañía de Jesus.—Un volúmen de 530 páginas.—4 pesetas.
 - Estudios sobre nacionalidad, naturalizacion y ciudadanía, por un secretario de Legacion.—Un tomo, 4.º mayor, de 336 páginas.—12 pesetas.
 - El Bazar, revista literaria ilustrada. En su primera parte está impresa la novela La Fe del amor, original de D. Manuel Fernandez y Gonzalez, y en la segunda se puede leer íntegra la más popular y trascendental novela del insigne Victor Hugo, titulada Novela y tres, con ilustraciones artísticas notabilísimas.—Cuatro tomos, 25 pesetas.
 - Manual de la Moda Elegante.—Tratado de costura bordados, flores artificiales y demás labores de adorno y utilidad para las señoras y señoritas (Tercera edición, revisada y aumentada, con láminas en cromó).—4 pesetas en rústica, y 5,50 encuadernado.

